

La Ilustración Artística



Artística

AÑO XX

BARCELONA 27 DE MAYO DE 1901

NÚM. 1.013



PRIMICIAS PRIMAVERALES, cuadro de Eugenio Spiro

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Criminales*, por Emilia Pardo Bazán. — *Exposición de Bellas Artes y de arte decorativo. Madrid, 1901*, por R. Balsa de la Vega. — *La romería del Rocío*, por J. Gestoso y Pérez. — *Boers e ingleses*, por R. — *Nuestros grabados. Noticias de teatros. El fantasma, novela (continuación). Exposición monográfica del tubérculo la patata*, por X. — *Cortapapel*.

Grabados. — *Primicias primaverales*, cuadro de Eugenio Spiro. — *¡Pobre madre!* — *Dos estudios*, cuadros de Andrés Parladé. — *Stella matutina*, cuadro de Pedro Sáenz. — *Los aserradores*, cuadro de Juan Francisco Millet. — *Dos dibujos de Azpiazu que ilustran el artículo titulado La romería del Rocío. Guerra anglo-boer. Servicio religioso en un campamento de boers reconcentrados en la colonia del Cabo. Pasatiempo a bordo*, cuadro de Enrique Scott Tuque. — *Monumento dedicado a Lanier y a Strauss que ha de erigirse en Viena*, proyecto del escultor Francisco Seifert y del arquitecto Roberto Oerley. — *D. Félix de la Sierra. D. Francisco Reynés. Barcelona. Exposición monográfica del tubérculo la patata, que actualmente se celebra en el Palacio de Bellas Artes. Cortapapel*, obra de A. Reimann, de Berlín. — *Camino de Pompeya*, cuadro de Baldomero Galofre.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRIMINALES

Asombra el estrago que los años producen, no sólo en el físico, sino en el alma, volviéndonos desconfiados de todo bien y recelosos, tardos al entusiasmo, fáciles en admitir la hipótesis de todo mal. Sin querer y sin poder remediarlo, los que no tenemos alquilado un piso en el Limbo, nos asemejamos a aquel boticario que a cada murmuración ó acusación contra alguien repeta: «¡Como si lo viera!» meneando en cambio la cabeza en señal de duda cuando le referían algún rasgo de bondad ó de heroísmo. Yo, sin embargo, creo en el bien; hasta creo en una inmensa tendencia a la bondad que existe en el corazón humano y por la cual se sostiene el equilibrio del mundo moral, pues si á toda hora todo hombre cometiese iniquidades, viviríamos en un estado inconcebible. Lo que se nos aguja y despierta al roce de la experiencia, no es, á decir verdad, el pesimismo, sino una especie de facultad crítica, que nos enseña á discernir lo teatral de lo natural, lo amañado de lo sincero, lo verosímil de lo inverosímil. Por eso, desde el primer instante supuse que el padre de los cinco niños asesinados en Corancez era su verdadero asesino; por eso, desde el primer instante dudé de la aureola de mártir del cura de Laval, olfateé el *canard* en su propia salsa.

Libreme Diós de creer imposible el sacrificio del confesor consintiendo en morir antes que revelar el secreto de la confesión. Este caso, y otros igualmente sublimes, pueden presentarse, y en la historia religiosa están consignados. El deber, la fe, se imponen y originan rasgos de abnegación y desprecio de la vida. Militares condenados á muerte á quienes se permitió salir de un campamento enemigo bajo palabra, volvieron á él para ser arcabuceados. Sin ir tan lejos: todos hemos conocido en Madrid á cierto ministro chino, que llamado por su emperador para ser decapitado, á sabiendas fué y presentó el cuello, cuando no le hubiese sido difícil esconderse en los Estados Unidos ó en algún otro país de libertad. Hay mujeres que dan la vida por la honra; el darla hombres y mujeres por las creencias religiosas es frecuentísimo. Aunque la vida sea el único tesoro que perdido no se recobra, la humanidad no es tan avara de ella que no la arriesgue con relativa indiferencia, unas veces por cosas buenas y grandes, otras por cosas malas y baladíes. No era, pues, el hecho en sí lo que me incitaba al escepticismo en la cuestión del abate Bruneau. Eran las circunstancias, era el escenario, era el modo y la forma de presentarse el drama lo que me ponía en alarma y me infundía una suspicacia de polizone experto.

He leído bastantes causas criminales francesas: toda la colección de Albert Bataille, donde, á pesar del poco talento del cronista, hay cosecha larga de documentos humanos. Sin negar que en Francia pueden los tribunales ordinarios cometer un error; sin acatar, ni mucho menos, la santidad de la cosa juzgada, me parecía difícil que cometiesen una equivocación tan grosera como enviar á la guillotina á un sacerdote, cuando pudiese haber duda acerca de su culpabilidad. Sería error creer que en esto pudiese influir el ser Francia una república, ni las corrientes del laicismo. Por el contrario: así como Francia, en el hecho de ser república, la única república que constituyó á la vez una gran nación europea, se consideró obligada á extremar el rigor de la represión con los anarquistas de acción, y promulgó leyes excepcionales para asegurar el orden, en el espíritu de los jueces debe de existir la noción de que comprometerían y avergonzarían á Francia y á su forma de gobierno ejecutando á un sacerdote cuyo crimen no

estuviese bien probado. Además, si un sacerdote es acusado injustamente de un crimen, no le faltan medios de defenderse: hay mucha gente, clases sociales enteras, que están interesadas en sacar á luz su inocencia. Aunque selle sus labios el secreto de la confesión impidiéndole delatar al verdadero culpable, no por eso le está vedado vindicarse de otro modo, con sus antecedentes, con sus actos el día y á la hora del crimen, etc. Entre los rumores que corrieron ahora, díjose que existía un documento probando que al cometerse el asesinato del cura Fricot, no estaba en el presbiterio el cura Bruneau. Si poseía esta coartada, ¿qué canon le obligaba á no producirla? Aquí se confunden dos cosas: el silencio obligatorio y heroico del confesor, y la lícita defensa sin acusar á nadie. La defensa de la honra, en la teología católica, es más que un derecho: es un deber. Sin nombrar á la criminal, sin aludir á ella en lo más mínimo, pudo defenderse el cura Bruneau. No digo quién fué; á nadie acuso; pero voy á demostrar que yo no fuí. ¿Cabe nada más sencillo? ¿Habían de reunirse tales apariencias, de sumarse tales datos, que la atroz equivocación llegase al extremo de hacer subir á un inocente, á un mártir, al patíbulo, y había de permanecer esto tan callado, tan oculto, seis ó siete años, para volver á la superficie y estallar como una bomba en este crítico momento?

Nada es imposible, ciertamente: todo sucede en el mundo. No obstante, hay casos que no tienen cara de ser verdad, y este del cura Bruneau era del número. En cambio, el crimen de Corancez, aunque parezca inverosímil, de horrenda inverosimilitud, desde luego me dió en el pensamiento ese golpe misterioso de la evidencia, que el magistrado debe evitar, para que no influya en su decisión, pero que el espectador no evita, sobre todo en países donde no existe la ley de Lynch.

Si alguna vez cabe lamentar la falta de esa ley en el derecho consuetudinario latino (aunque en Cataluña existió y se llamó justicia catalana), es ahora, ante el crimen del labrador de Corancez. Comparado con éste, es flor de cantueso el del cura Bruneau, y suena á injusticia que los dos hayan de sufrir igual castigo, el mismo tajo de la máquina de Guillotín. Criminales como el de Corancez han vuelto á acreditar en la ciencia penal moderna el concepto de la necesidad de la pena de muerte, hoy defendido y apoyado por la mayoría de los autores penalistas.

Bruneau aparece como un criminal de ocasión, y hay en su historia indicios de verdadero arrepentimiento: el siniestro parricida de Corancez presenta el tipo acabado de ese criminal incapaz de arrepentirse, anomalía moral, á quien el acto, el crimen mismo, *revela*, pero no *desmiente*. En los anales — ¡tan nutridos! — de la maldad humana, no conozco caso más monstruoso. Sorprender primero al perro leal, guardián de la casa, que se acerca halagador á su amo; después á cinco niños (¡cinco!) á quienes se ha engendrado, y dar muerte á estas seis criaturas (el perro me indigna también, poco menos que los niños, por la ocasión y el fin con que su amo le acogió), es cosa poco frecuente, aun revolviendo la crónica negra de muchos años. ¡Cinco niños! Quisiera uno poder penetrar en el cerebro de ese padre, sorprender el horrendo fenómeno de sus ideas, de sus sentimientos, en esa hora. Hay padres de todas clases: los hay que no quieren con exceso á su progenitura. Los hay duros, rigurosos, egoístas, crueles. Pero infaliblemente, si esos padres tienen cinco hijos, habrá uno con el cual sean más blandos, para el cual conserven algo de calor en las entrañas. Quizás ellos mismos no lo sepan: quizás se crean indiferentes á la voz, á la cara, á la mirada de aquel ser salido de su ser. Mas en el momento supremo, de peligro, de súplica, lo notarán: sentirán el movimiento hondo de la ternura involuntaria, del instinto. Para el de Corancez no existió ese movimiento. Con la precisión metódica del que siega trigo, con la tranquila fuerza del que despachurra insectos, sin temblor en la mano que empuñaba por turno la maza y el cuchillo, fué machacando cráneos, partiendo pulmones. Alguna de las víctimas se despertó, juntó las manos pidiendo compasión, se arrodilló llorando: no por eso interrumpió el padre su tarea. Como el ídolo insensible de Moloch, que recoge á las criaturas y las introduce en el horno ardiente para consumirlas, se dirá que ni tuvo oídos ni ojos. Iba á matar, y mató. Se dan casos de criminales que durante el crimen parecen embriagados de horrible frenesí, y después caen en un amodorramiento estúpido, en el marasmo de la naturaleza agotada. El de Corancez tampoco tuvo esto de humano. Rematados los cinco niños, esparcidos por suelo y paredes sus sesos y su sangre, representó la infernal comedia de herirse, para despistar á la justicia y achacarlo todo á unos ladrones imaginarios.

Este parricida es el criminal más grande entre los que hoy existen detenidos en todas las cárceles del mundo. Aumenta la magnitud de su crimen la miseria del móvil. No por pasión, ni por amor á una mujer; no por quedarse libre para contraer segundo matrimonio, se decidió Brierre á cometer el acto sin nombre. Quizás este fuese un estímulo ocasional; el verdadero motivo fué sencillamente de economía: no tener que alimentar y vestir á sus hijos; no tener esa traba, esa obligación, ese dispendio. Es un hombre que echó sus cuentas, sumó, restó, y se arregló á lo que resultaba de la resta y de la suma. El espantoso cuadro titulado *Las bocas inútiles*, que vi el año pasado en la Exposición, acudió á mi memoria. Los niños del labriego, bocas inútiles, ¡á suprimirlas! ¿Qué dirá de esto el autor de *Fecundidad*? O antes ó después, ello es que se suprime á los pequeños...

Del hombre de Corancez la ciencia jurídica nos dice lo siguiente: que ni es un impulsivo ni un idiota; que su inteligencia no deja nada que desear; que no presenta síntoma alguno nosológico, si se exceptúa la completa ausencia de sentido moral, que no nos atrevemos á decir si es enfermedad ó locura, pero de seguro es misterio... ¡Locura! ¡Qué palabra tan difícil de acotar! ¡Quién señalará sus límites! ¡Quién precisará su carácter verdadero! En el teclado del espíritu de Brierre hay, según la expresión de un médico francés, una tecla desafinada, una sola... Y basta para desconcertarlo todo.

Una de las condiciones características de los criminales es la falta de emoción. Fríos y pálidos como el mármol se quedan ante lo más conmovedor, ante lo que debiera llegarles más adentro. Ni pestañean sus ojos, ni la sangre acelera su curso enrojando las mejillas y revelando la sensibilidad. Impasibles ven el cadáver de sus víctimas. Así ha sucedido á Brierre, que desde la prisión, no cuidándose ni de salvar las apariencias manifestando algún sentimiento por el tremendo fin de cinco hijos, sólo piensa y sólo habla de su cerdo, de su avena, de su ropa, de las cosas materiales, únicas que existen para ese hombre extraño, á quien los antiguos excluirían de la humanidad. A una mujer falta de sentido moral, cuando la preguntaban por qué había coadyuvado á un robo con asesinato, respondía: «Por tener una bonita cofia...»

Lejos estamos del tipo del criminal antiguo, clásico, chorreando conciencia, trasudando remordimientos, á quien se le eriza el pelo á las altas horas de la noche, porque cree escuchar un doloroso gemido en la sombra... Este criminal de ahora, efectivo, estudiado según la naturaleza, según la realidad cruda y fuerte, no conoce más remordimientos que uno: el de no haber sabido combinar mejor el crimen, para despistar á la opinión y á la justicia. Y á veces, ni eso. Un respetable sacerdote, que ha vivido años enteros en las prisiones, el abate Moreau, confiesa lleno de tristeza que en ciertos miserables no hay medio de despertar sentimientos honrados: ni la idea cristiana, ni su propio interés. «Se inclina uno más bien á considerarles fieras con rostro humano que individuos de nuestra raza.»

La confesión es más preciosa y significativa en labios de un sacerdote, que cree en el arrepentimiento, en la gracia y en la infinita misericordia. Claro es que nadie puede limitar esta esfera divina. Hablamos de lo humano. En lo humano, fieras son, y fieras indomesticables. La ley penal, que también es obra de hombres, se atiene á esta noción, y resuelve eliminarles. Es la última palabra; eliminar. Como el organismo elimina los principios tóxicos...

A tal conclusión se ha llegado después de un siglo entero de convencionalismo é ideas caritativas acerca de la posible enmienda del criminal. Los observadores nos dicen que aun los mismos criminales eminentísimos, como el de Corancez, á pesar de su indiferencia y su embrutecimiento, aman la vida y temen á la pena de muerte, envalentonándose cuando observan que se aplica pocas veces ó se tiende á suprimirla. El efecto de la amenaza — dice Garofalo — es sensible hasta en los alienados, según notan á cada paso los médicos. Sin embargo, con esta clase de criminales, el castigo, más que preventivo, es eliminativo; la supresión de la fiera.

¿Habrá alguien que sienta piedad del padre matador de cinco hijos pequeños? Puede que sí. La compasión es inmensa como la iniquidad. En el alma humana caben la bondad y la benevolencia sin mezcla de mal, como cabe el mal puro, satánico, la capacidad entera del crimen, sin nada que lo atenúe.

Y falta nos hace en esta ocasión una Santa Teresa, que tuvo lástima hasta del diablo, para compensar la impresión de repugnancia que causa el labriego Brierre.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES Y DE ARTE DECORATIVO. - MADRID. 1901

El primer certamen oficial de Bellas Artes que en el siglo presente se está celebrando en esta corte, ofrece un conjunto de obras en las cuales se puede estudiar, en mi juicio, con más probabilidades de acierto que en ningún otro de los pasados, los rumbos de nuestro arte y las condiciones que para su cultivo tienen los artistas españoles.

Pienso, ante lo creciente de la avalancha de individuos que se dedican a la pintura y a la escultura, que es preciso encauzar el gusto nativo por el arte que en todos ellos se advierte, pero que no en todos alcanza completa y apropiada sazón para que produzcan cuadros y estatuas. Las cuatro quintas partes de los noveles expositores serían muy buenos artistas industriales (ó industriales artistas, como ustedes quieran) si de una parte, los Jurados de las Exposiciones, ejerciendo con sano criterio rigurosa justicia, rechazaran las obras que merecieran ser rechazadas, y de otra parte, si los gobiernos fomentaran las enseñanzas del arte aplicado a la industria. Ganaríamos todos; el buen gusto, la producción nacional, los amantes de lo bello y los cientos, si no miles, de engañados discípulos de las Escuelas de Bellas Artes, que ni llegan a ser artistas ni a ser obreros.

Digo esto porque la actual Exposición, alzando en las secciones de pintura y escultura a mil trescientas y pico de obras, debe reducirse para los juicios de la crítica a poco más de doscientas cincuenta. Con tal rebaja puede afirmarse que el certamen resulta interesante, siquiera no haya en él obra de renombre perdurable; en cambio se nos muestra una esperanza, que honrará la pintura patria, en la persona del cuasi niño López Mezquita.

Como en los estrechos límites de una crónica no es posible hacer examen de cuantas obras figuran en la Exposición actual que merezcan ser mencionadas, me limitaré a dar cuenta de las más salientes, principiando por las de los artistas cuyos nombres ha consagrado el juicio público.

Diez y seis obras, entre estudios, cuadros pequeños

por lo tanto me eximo de emitir juicio acerca de las obras que expone, apuntando tan sólo que su mejor lienzo es, en mi sentir el titulado *La familia*. Hay

el de *La familia*; y este mismo juicio aplico al cuadro *Madre*, que no es otra cosa que una nota monocroma de blanco. Representa una alcoba de paredes blancas en la que hay una cama con todas sus ropas blancas; en medio de este océano de *blanc d'argent*, se advierten dos cabezas; de perfil, la de la madre; de frente, la menudita y rojiza del recién nacido.

Bastante más que estos dos grandes cuadros me gusta el pequeño que titula su autor *Los novios*. Nota llena de luz, de alegría y de verdad, expresada, si con esquemática simplicidad, con sentimiento exquisito.

De los retratos los mejores son el ya citado de su señora y el de la esposa del paisajista y biógrafo de Velázquez Sr. Beruete.

Rusiñol ha traído varios de sus famosos *jardines de España*, elogiados por algunos de los principales críticos parisienses, entre ellos Arsenio Alexandre. Y es preciso reconocer que, por lo menos la opinión de los que en achaques de arte vale y significa en esta corte, confirma la de los inteligentes de París.

Nada hay de común entre la generalidad, entre casi todos los pintores españoles, y Rusiñol. Sensualistas aquéllos, buscan con afán creciente, por instinto de raza, la sensación, no la emoción. Pintan figuras y paisajes iluminados, inundados completamente por el sol, no por las figuras ni por el paisaje en sí, sino por el deseo de producir en nuestra retina los mismos ó semejantes deslumbramientos que nos produciría la contemplación de la realidad. Y si de los que persiguen la sensación por medio de los deslumbramientos de la luz solar, pasamos a los que la persiguen dentro de otras tonalidades, vemos cómo se enfrascan en la expresión del natural sin otro fin que el de hacerle la competencia a la fotografía. El color por el color, y la forma - hasta donde la forma se dibuja entre nosotros - por la forma. Tal es el credo estético reinante.

Mas Rusiñol y con Rusiñol otros - poquíssimos - intelectuales, que decimos ahora, buscan en la paleta aquella gama cuyas notas apacibles no desentonen al exteriorizar la melancólica y sugestiva idea ó sen-



¡POBRE MADRE!, cuadro de Andrés Parladé (Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1901.)

en él trozos admirables de color y de realidad, como por ejemplo, el retrato entero de la pequeña, la cabeza de su hermanito y la figura de la esposa del pintor, aun cuando, como retrato, me gusta más el que, también de su señora, expone aparte. Respecto



ESTUDIO, cuadro de Andrés Parladé (Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1901.)



ESTUDIO, cuadro de Andrés Parladé (Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1901.)

y grandes y retratos, exhibe Sorolla. Ya saben los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el puesto que a este artista le asignan en la actualidad la mayoría de sus colegas y buena parte de los críticos;

del lienzo *Triste herencia!*, confieso que no me cuento en el número de sus admiradores, por no parecerme, ni como asunto ni como pintura (salvo alguno que otro desnudo), digno de parangonarse con

timiento espiritualísimo, casi místico y profundamente romántico, que en el artista despierta la vista de una escena, de un paisaje, de un simple árbol, de un *jardín abandonado*, en fin. Porque el lienzo que



con este título expone Rusiñol, es de una fuerza emotiva íntima tan admirable, que más que por un pintor parece sentida por un literato.

He aquí señaladas dos tendencias, más que tendencias, rumbos bien opuestos. No diré cuál es el que más me hace sentir; pero hasta el presente, y temo que por muchos años, los sensualistas se llevaron la palma.

Otra personalidad artística afirma en este certamen su nombre. Bilbao, que es la personalidad á quien me refiero, trajo seis cuadros de pequeñas dimensiones. Porque busca la emoción estética, supeditando á ella la técnica en todas sus partes, esto es, equilibrando, sin regatearle nada á la verdad, lo expresado y el modo de expresarlo, le tienen muchos de sus colegas en entredicho, aun reconociendo su mérito. La ductilidad de su talento, educadísimo, se muestra en estos seis cuadros, que son otros tantos estados espirituales del artista. Pasa de la nota hondamente dramática á la picaresca, sin que en tal paso se advierta violencia alguna, antes por el contrario, expresión sincera de lo sentido. En *Último recurso* representa á una pobre mujer que acompañada de dos hijos, uno de muy pocos años y otro de pecho, espera sentada en un banco de la sala de una casa de préstamos á que le llegue el turno para empeñar las últimas ropas que en el fondo del cofre guardaba. La luz escasa que ilumina aquella escena, es tan triste como real. La expresión de la pobre madre es un acierto de observación y de sentimiento. En cambio, en *El puente de Triana en una tarde de verano*, es todo alegría: abajo, las plateadas aguas del Guadalquivir; allá lejos, el paisaje de sus orillas envuelto en las arreboladas brumas caliginosas del sol que va hacia su ocaso; por el puente pasan grupos de cigarras y de buenos mozos que las chiclean. Sevilla hállase pintada, admirablemente pintada, en este cuadro.

Quisiera poder decir algo de la gitana del otro lienzo que titula su autor *La buenaventura*; del *Efecto de sol en una huerta*; de *Carmen*, tipo picaresco hasta no poder más; pero llevo escritas ya no sé cuántas cuartillas y estoy en los comienzos de esta reseña.

Otro catalán, postergado injustísimamente por el Jurado de recompensas, reclama puesto preeminente en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Félix Mestres expone, entre otros cuadros, un retrato y *Crepúsculo*. Representa éste una calle de arrabal, ancha, pero silenciosa. Lejos vese un tranvía con las luces encendidas. Cruzan la calle algunas personas; en primer término, un joven envuelto en su capa habla de amores á una jovencita. Como veis, el asunto no puede ser más trivial, y sin embargo, ¡qué verdad, qué poesía, qué dulce misterio el que llena por completo este cuadro! (1) Como nota de color es justísima y sencillísima; como dibujadas y sentidas las figuras de los novios, solamente plácemes merece el Sr. Mestres. Ciertamente que quien traza y pinta el retrato de la señorita R. B. es un maestro.

Cabrera, mi antiguo condiscípulo en el estudio del malogrado Plasencia, trae varias notas, todas dignas de su pincel, pero algunas exquisitas como color y como expresión del sujeto. La que titula *Eterna víctima*, para mí la de más fuerza emotiva, y que representa á un obrero sin trabajo con sus hijos al lado, bien vale el aplauso que le prodigan los inteligentes. Aparte la facilidad con que está pintado todo en este cuadro y lo noble y jugoso de la pintura, la figura del obrero es de una verdad grande. Dentro de esta nota, el asturiano Zaragoza nos conmueve con escena tan sencilla, tan vulgar, pero siempre tan interesante, como la que representa con el título de *El niño enfermo*. Una mujer aldeana, joven, robusta,

(1) Publicado en el número 976 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

mira fijamente, con ansia, la cabecita del niño que tendido en tosca cuna de madera parece sumido en el sopor de la fiebre. La luz de un día triste que entra por pequeña ventana ilumina el grupo. Dibujado

íntimos. *Inclusero!* es el título de su cuadro, y éste representa á un ama de cría que marcha á su pueblo con el niño que la caridad oficial le entregó para que lo amamante. La escena se desarrolla en un vagón de tercera clase de un ferrocarril. En un ángulo, junto á una ventanilla, una pasajera, joven, mira tristemente al grupo que forman la mercenaria y el niño anónimo. Si se advierte algún defecto de color y descuido de dibujo en esta obra, quedan subsanados por el acierto psicológico de la cabeza de la viajera.

Un pintor aristócrata, Alcalá Galiano, trajo de Holanda un cuadro en el cual á lo justo de la luz y del ambiente se unen condiciones muy bellas de paleta; en cambio, Francés y Merie, en su lienzo *La Edad de Oro* (escena del *Quijote*, en la cual el héroe manchego hace su famoso discurso), se nos presenta bastante más flojo de lo que debíamos esperar de su temperamento de colorista y de su habilidad de ejecutante.

Dejemos el género y veamos la pintura religiosa.

Pedro Sáenz es un artista delicado para escoger é interpretar los asuntos que ejecuta. Yo que estimo grandemente á Sáenz y que sé la conciencia con que pinta, quisiera que cuando cogiese los pinceles se quedase — perdoneme el distinguido pintor esta malquerencia — tan corto de vista como yo. Ve detalles en todas partes; las masas las fragmenta, y esto le obliga á una labor terrible que perjudica á las veces al conjunto. Por otra parte, la nota tranquila de su paleta, al poner de relieve la construcción minuciosa del más pequeño accesorio, parece menos jugosa de lo que es en realidad. Mas con todo esto que apunto, Sáenz avalora sus obras con la distinción de la línea, del toque y del modo de desarrollar las escenas. Añadamos que siente lo que pinta, y que siente lo apacible, lo tierno, y comprenderán mis lectores por qué su gran lienzo *Stella Matutina* ha merecido una primera medalla.

Inspiróse Sáenz, para dar al asunto la nota mística que no había de encontrar en el medio ambiente actual, en las obras de los prerrafaelistas, aquellos Orcagna, Mantegna y beato de Fiessole, que hoy admiramos. Otro de los lienzos de este pintor es asimismo nota poética y delicada, y á la vez un alarde de dibujante y de colorista sobrio; titúlase *La tumba del poeta*.

Mater Purissima es en mi juicio la obra más sentida que Pulido ha pintado. Este joven pintor ha sabido realizar un trabajo de simplificación, así en lo que atañe á la paleta como en lo que se refiere al dibujo, marchando hacia aquella fórmula estética que más bien que en los didascálicos se encuentra en la naturaleza y que yo digo *sancta simplicitas*. Fáltale ahora para concluir la evolución y afirmar su personalidad artística, que al par de la ternura y dulce sentimiento más realista que místico que forman el fondo de su temperamento, acentúe el valor moral de sus tipos dentro de forma más energética y determinada.

Digo esto porque yo deseara que la figura de la Virgen, por ejemplo, pareciese menos niña y más mujer y madre, y que las figuras de los ángeles hiciesen la ilusión de ocupar las tres dimensiones anejas á figura humana real y tangible. Por lo demás, contribuye á la nota mística realista de este cuadro el hermoso paisaje que sirve de fondo á la escena.

Muñoz Lucena pintó un asunto místico también; unos frailes, los Franciscanos de las famosas ermitas de Córdoba, rezando ante las tumbas de su cementerio; pero quisiera cerrar este rápido vistazo á la sección de Pintura, y todavía tengo que decir algo de López Mezquita, y de Graner, y del marinista Gómez Gil, y del paisajista Mir, y de Raurich.

(Concluirá.)

R. Balsa de la Vega.



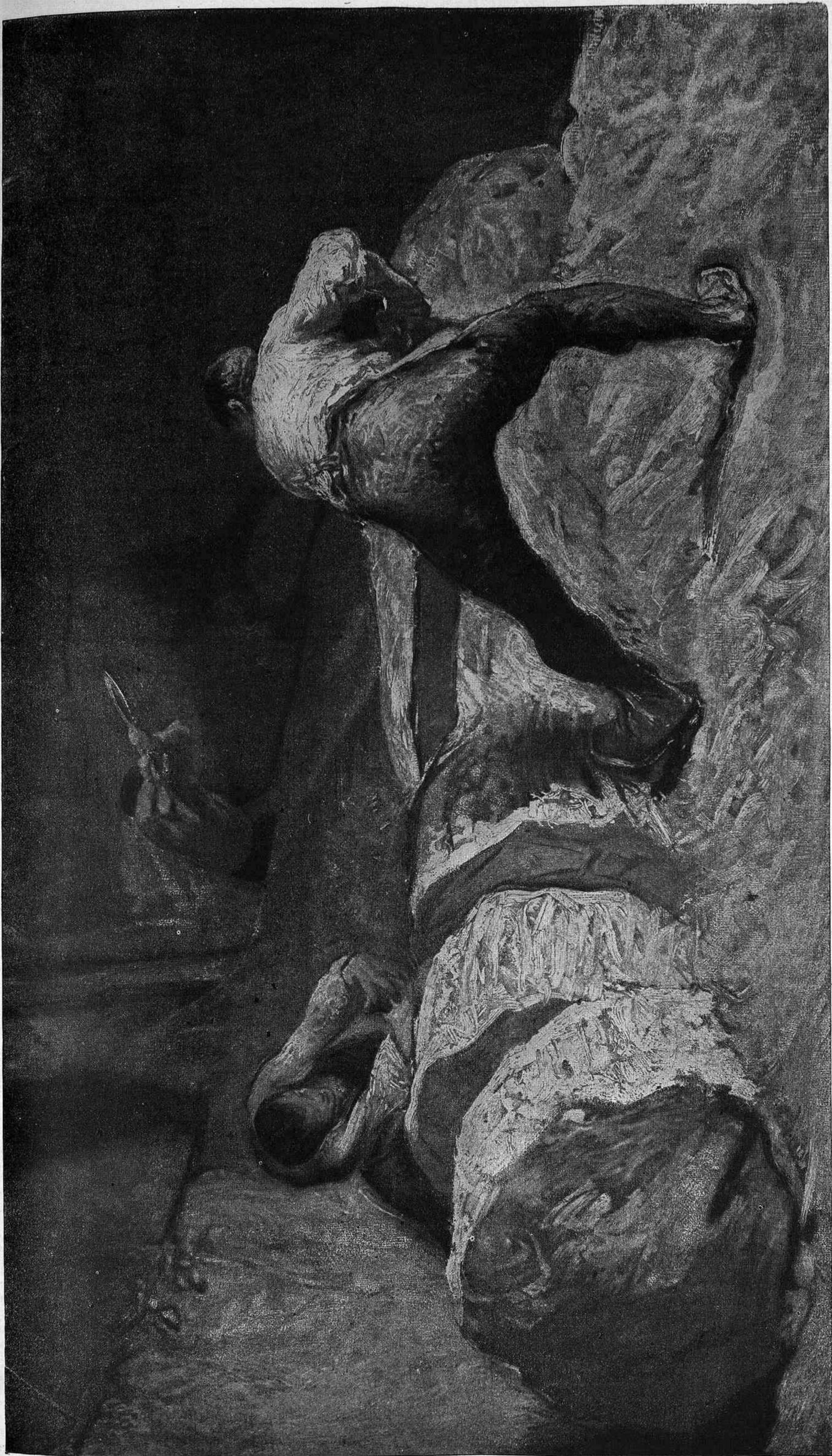
STELLA MATUTINA, cuadro de Pedro Sáenz. (Exposición de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

con firmeza, este cuadro acredita á su autor como artista de corazón.

No ha presentado esta vez el distinguido pintor sevillano Andrés Parladé lienzos de grandes dimensiones, cual los que en Exposiciones anteriores le procuraron plácemes y lauros: se ha limitado á exhibir tres cuadros, que son otros tantos estudios, notables por su gama velazquista, que constituye la especialidad de Parladé, mereciendo citarse el retrato de una niña vistiendo el traje de la época de Felipe IV con tal suma de pormenores, que produce la impresión de una obra del siglo XVII.

Olano presenta un lienzo de grandes dimensiones, algo duro de color, pero bien dibujado á trozos y á trozos justo de entonación; titúlase *La trilla en Alava*. Manuel Alcázar nos da una fiel imagen de lo que es el taller de grabado de la *Calcografía Nacional*. Todo está allí reproducido con gran sentimiento de la realidad. Domingo Muñoz trajo de Córdoba (ya es traer) una escuela de niñas. *La amiga*, esto es, la maestra, vale por sí sola un aplauso. No pasa de los veinte años, pero la gravedad con que ocupa su puesto... y enhebra una aguja, contrasta deliciosamente con su juvenil belleza. Entre las pequeñas hay dignas, por el acierto con que están pintadas, de ser discípulas de *La amiga*.

Torre Estefanía, otro discípulo de Plasencia, nos dice cómo sabe sentir y buscar belleza en los afectos



LOS ASERRADORES, cuadro de Juan Francisco Millet,
perteneiente á la colección de Mr. Ionides, donada por éste á la Galería Nacional de Londre



LA ROMERÍA DEL ROCÍO

El cuadro que intento bosquejar con la pluma en estas cuartillas, merecía serlo ciertamente con los pinceles y paleta del más hábil colorista y del más experto dibujante, porque sin duda es también el más característico y alegre de los pocos que en su género se conservan al presente en Andalucía, no obstante su viejo abolengo, pues data de la primera mitad del siglo XVII. Poco después de la espantosa epidemia de 1649, y en acción de gracias á la Virgen Madre por haber librado á los vecinos de la villa de Almonte de aquella calamidad, dieron comienzo estas prácticas religiosas, que no se han interrumpido hasta ahora, antes bien, celébranse con la misma animación y esplendor que en lo antiguo, acudiendo concurso innumerable de gentes que llegan al santuario de más de veinte leguas á la redonda.

Fervor extraordinario, han de sentir los que piadosamente toman parte en la romería, y muchas ganas de divertirse aquellos que van con intención profana á solazarse y distraerse, pues que unos y otros tienen que sufrir un cúmulo de molestias que es preciso experimentarlas para apreciar hasta dónde llegan.

La fiesta del Rocío tiene lugar el segundo día de Pascua de Pentecostés, que se celebra en los meses de mayo ó junio, y esta circunstancia sola es de por sí bastante para quitar bríos á los más valientes de espíritu y de cuerpo, si consideran el sofocante calor de los campos andaluces en aquellos días, en los cuales apenas si los pájaros se atreven á cruzar los abrasadores arenales que en circuito de varias leguas rodean el santuario, inmensas llanuras que nada tienen que envidiar á las de Africa, ni por su pobre y salvaje vegetación, ni por su límpido cielo, ni por su caliginosa temperatura.

Distra el santuario unas tres leguas de la villa de Almonte, y es por demás pintoresco el espectáculo que ofrecen aquellos llanos cuando por una y otra parte comienzan á descenderse las numerosas cabalgatas de las Hermandades del Rocío que acuden desde Villamanrique, Pilas, La Palma, Moquer, Sanlúcar de Barrameda, Unchete, y la más rica de todas, la de Triana en Sevilla.

Fórmanlas apuestos jinetes vestidos á la andaluza, con sus sombreros de alas anchas, chaquetones de terciopelo ó fino paño, pantalón ceñido, fajas de colores, montando en sillitas vaqueras de forma árabe, con sus largas mantas sujetas en los arzones delanteros; y llevan algunos, sentada en las ancas del inquieto bruto, á gentil moza, cubierta de flores su cabeza y pecho, vestida de limpiísimo percal y ceñido el talle con sus vistosos y bordados pañuelos de seda de Manila, la cual con su brazo derecho rodea la cintura del jinete, y con la izquierda, asida de la baticola de la silla, resiste las sacudidas del caballo con la seguridad de la más ágil y valiente amazona, ó el tendido galope del caballo al dirigirse de un carro á otro de los que constituyen la caravana, atraídos ambos por la voz argentina de una muchacha, que bajo los encajes y faralaes del toldo [de pesado carromato ó carreta entona sentidas coplas de soleares ó malagueñas.

El atavío de los vehículos es objeto de muy preferente atención por parte de los romeros. Las mejores sábanas, las más limpias y más finamente bordadas ó festoneadas de encajes, las colchas de más ricos colores, empléanse en el adorno de los toldos, formando pabellones, que recogen con lazos de seda, en los cuales van prendidos ramos de flores.

En cuanto al interior del carromato, vese ocupado por un grupo de alegres muchachas, que provistas de guitarras y castañuelas no cesan de cantar al compás del más estruendoso palmoreo, hasta enronquecer ó quedar rendidas por el cansancio y por el sofocante calor, ó por los vaporcillos del vino de la tierra, subido á las cabezas por la frecuencia de las libaciones.

Carros y jinetes preceden en alegre comitiva á la carreta que conduce el estandarte ó *sinpecado* de las respectivas hermandades, en la cual llama la atención la yunta de bueyes que la arrastra, por sus enormes frontales piramidales bordados de mil colores y enriquecidos con menudas piezas de espejillos, los cuales deslumbran los ojos al ser heridos por el sol, y con sus pretales de seda y sus anchas cinchas bordadas de oro y enriquecidas de grandes borlas y flecos.

Delante de las carretas que conducen los estandartes van las diputaciones de las hermandades, el hermano mayor, el teniente, mayordomo y secretario, todos cabalgando y con sendas varas de plata en las manos, y detrás numerosos grupos de romeros. Entre todas aquellas sobresale por su riqueza la de la hermandad de Triana, pues ostenta su *sinpecado* sobre riquísima peana de plata y cobijado por un dosel ó baldaquino de la misma materia labrada á martillo.

Durante el largo camino que tienen que seguir cada una de estas cabalgatas, hacen parada ante las puertas de las ventas; en ellas llénanse las vacías botas con el dorado zumo de la manzanilla ó del vinillo de la hoja, repónense los cestos de provisiones, y de nuevo continúan la marcha entre el estruendo de las palmas y de los cantos flamencos, pasando la noche acampados al aire

libre bajo las copas de los olivos ó bien en los pueblecitos del tránsito.

Tres días próximamente tárdase en llegar al santuario de la Virgen, situado en lugar eminente, en medio de grandes arenales, sin más vegetación que la de los gigantescos acebuchales y la de corpulentos lentiscos, tan grandes, que bajo sus ramas se albergan familias enteras, y cuyo aspecto, vistos por la mañana temprano, es en extremo raro y pintoresco, pues las mujeres y los hombres dejan en ellos colgadas sus ropas de variados tonos y colores, para pasar la noche disfrutando de la brisa del mar, no lejano de aquel paraje.

Las carretas todas sitúanse á uno y á otro lado del santuario, y al amanecer levántase todo el mundo; los jarrillos del aguardiente pasan de mano en mano; la alegría pinta en todos los semblantes, y por dondequiera oyense voces y risas, coplas alusivas á la Virgen, guitarras que suenan con diferentes acompañamientos, bullicio inusitado, animación extraordinaria en aquellos cientos de criaturas de sexos diferentes, de todas edades y condiciones; sobresaliendo entre esta algazara los monótonos y cansados sonos del tamboril y del pífano, característicos de esta romería y de marcada tradición árabe, los cuales no cesan un momento de repetir las mismas notas desde el amanecer hasta entrada la noche.

Una vez llegadas todas las carretas y ocupando sus lugares en las inmediaciones del santuario, espérase con ansia el día de la fiesta de la Virgen. La ermita abre sus puertas, dejando ver el altar de la patrona deslumbrante de luces y macizo de flores. Los romeros acuden presurosos á rendir los homenajes de su piedad, á cumplir los votos y promesas que hicieron en cumplimiento de algún gran beneficio recibido de la Madre de Dios, y así no es extraño escuchar coplas como esta, nacida del fondo del alma:

Con la mortaja ya hecha
me sacaste de la cama,
madre mía del Rocío,
á darte vengo las gracias.

Al escuchar tan tierna expresión de reconocimiento, oyense vivas atronadores; las lágrimas corren por las mejillas de todos, y la muchacha que entonó el cantar vese obligada á repetir mil veces la narración del suceso de su cura milagrosa, que es escuchada en medio del más religioso silencio.

Terminada la fiesta en la ermita, aquella tarde tiene lugar la procesión de la Virgen. Disputáanse los hombres la honra de conducir las andas; consíguenlo los que más pueden, y esto da lugar á tremendos altercados, á denuestos y juramentos, á peticiones, que terminarían en tragedias si al ver la excitación de los ánimos no gritase de pronto alguna voz estentórea: «¡Viva la Virgen del Rocío!» pues al escucharla, por arte mágica cesan los insultos, aplácense los ánimos, quedan todos suspensos, para responder tan sólo con otro atonador «¡Viva!» lanzado por aquella masa de criaturas.

Una vez concluida la procesión, apréstanse las hermandades para regresar á sus respectivos pueblos; y por lo que hace á Sevilla, es también notable espectáculo el que ofrece la vega de Triana en la noche que son esperadas las carretas del Rocío. El populoso arrabal que-



LA ROMERÍA DEL ROCÍO. - Llegada de una cofradía, dibujo de Azpiazu



LA ROMERÍA DEL ROCÍO. - Un cofrade, dibujo de Azpiazu

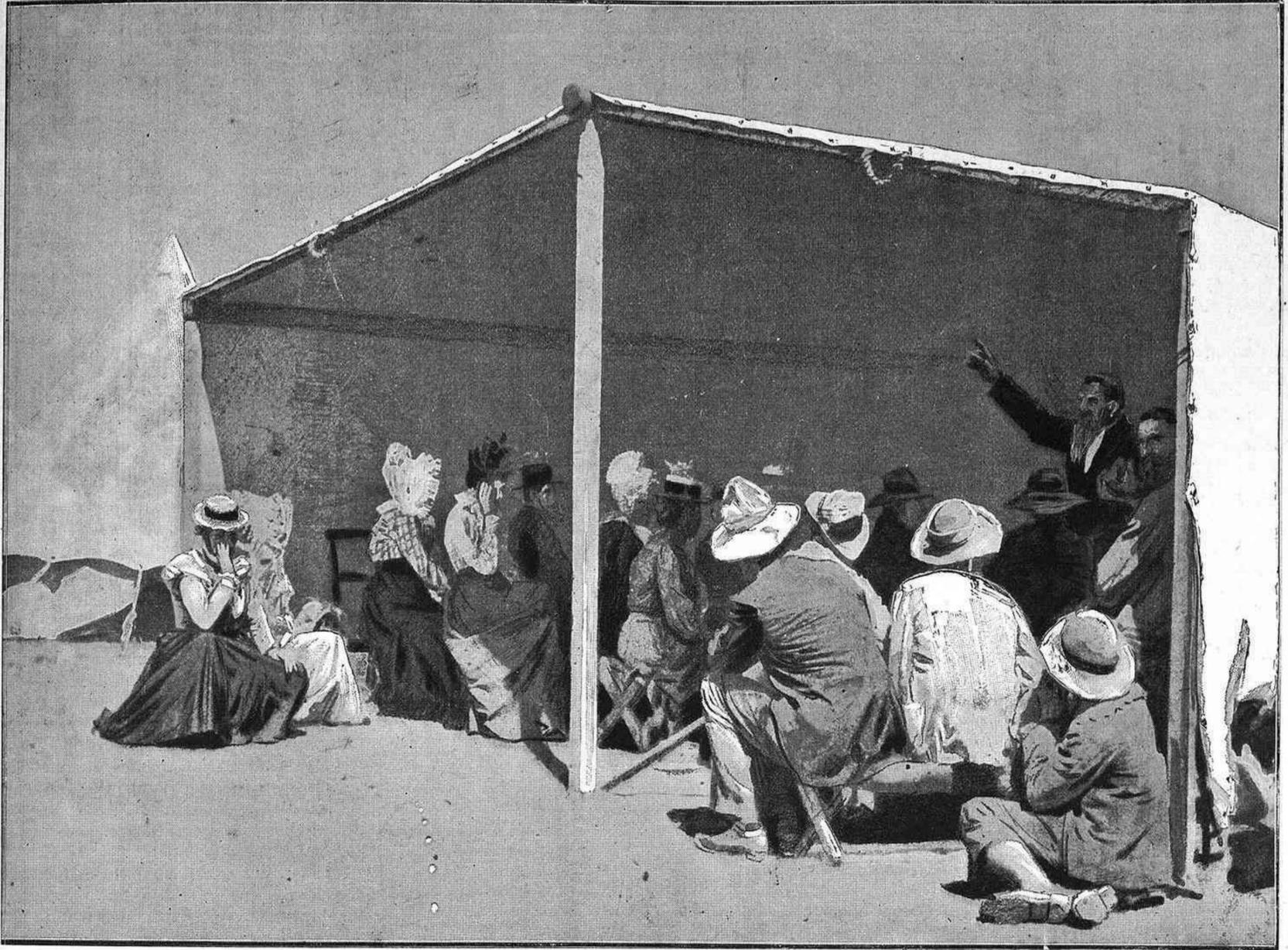
da desierto por acudir al encuentro de los romeros, y cuando se distinguen á lo lejos las luces de los hachones que alumbran á la carreta de la Virgen, y cuando empiezan á percibirse los cantos de las muchachas, y cuando, finalmente, aparecen las primeras carretas y luego la diputación de la hermandad á caballo, con sus varas y estandartes precediendo á la que conduce el *sinpecado* de la Virgen, conmueve ciertamente la explosión de entusiasmo de aquella multitud, que en apiñada masa avanza y rodea los vehículos, y grita y canta y prorrumpe en incesantes vivas, penetrando por las calles del arrabal como im-

ellas, y para reconquistarlas necesitan los invasores llevar nuevamente á aquellos puntos grandes contingentes armados.

Así se comprende que el generalísimo lord Kitchener pida á cada momento el envío de nuevos y considerables refuerzos; pues con ser numerosas las tropas de que dispone, no le bastan, no ya para emprender nuevas conquistas, sino ni siquiera para conservar las posiciones á tanta costa conquistadas. Y á estas peticiones del general en jefe no puede contestar la metrópoli más que con reducidos envíos, puesto que ha agotado poco menos que completamente,

nuevo en algún sitio previamente designado. Steijn, Dewet y Botha pueden estar orgullosos de su táctica, así como pueden estar orgullosos de ellos los patriotas que combaten á sus órdenes; gracias á ellos, la guerra de la independencia boer constituirá una de las más gloriosas epopeyas históricas, cualquiera que sea el resultado definitivo de la contienda.

Para contrarrestar los efectos de este sistema de lucha, Inglaterra ha recurrido á todos los medios, justos ó injustos, que su afán por acabar cuanto antes con su empresa le ha sugerido: unas veces la persecución, el terror, la violencia; otras los halagos,



GUERRA ANGLO-BOER. - SERVICIO RELIGIOSO EN UN CAMPAMENTO DE BOERS RECONCENTRADOS EN LA COLONIA DEL CABO

(de fotografía de Lionel James, de Johannesburgo)

ponente ola que arrolla cuanto encuentra á su paso, llegando así hasta la misma casa del hermano mayor, donde queda depositado el estandarte de la Virgen hasta el siguiente año.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiazu.)

BOERS É INGLESES

Por más que los ingleses se esfuerzan en presentarnos como muy próximo su triunfo definitivo en el Africa del Sur, y por más que, dueños de todos los medios de comunicación, sólo dejan llegar hasta nosotros las noticias que favorecen su antipática causa, los hechos con su peso abrumador demuestran la falsedad de los optimismos de Inglaterra.

Más de año y medio hace que empezó la injusta guerra de conquista contra las repúblicas del Transvaal y de Orange, y sin negar que la Gran Bretaña ha logrado ocupar una buena parte de aquellos territorios, preciso es confesar que dista mucho, pero mucho, de poder afirmar que es dueña de los dos estados boers.

A pesar de lo que antes decimos, llegan de cuando en cuando á Europa noticias aisladas que permiten formarse idea de lo mucho que aún tienen que hacer los ingleses para poder considerar como completamente consumada su incalificable obra; pudiendo augurarse que sólo son dueños de los puntos en donde tienen acumuladas grandes fuerzas, y que apenas dejan una población ó una comarca algo desguarnecida, el enemigo se apodera nuevamente de

si no sus medios pecuniarios, sus reservas de hombres.

Causa verdadero asombro, y en Inglaterra ha de producir verdadero espanto, el número de bajas ocurridas desde que se rompieron las hostilidades, y continuamente desembarcan en los puertos ingleses buques cargados de enfermos é inválidos, más afortunados, en medio de su desgracia, que los millares de compañeros suyos que murieron en los campos de batalla ó en los hospitales de las apartadas regiones africanas. Las enfermedades han causado grandes estragos en el ejército inglés; y para colmo de desdichas, en la colonia del Cabo la peste bubónica viene causando desde hace tiempo numerosas víctimas.

No hay que decir que los boers saben aprovecharse de estas circunstancias favorables, y que lejos de ceder en su empeño, dan cada día mayores muestras de su ardimiento por la causa de su independencia y de su resolución firmísima de luchar por ésta hasta el último trance. Sus guerrillas, admirablemente organizadas y dirigidas, no dejan punto de reposo á las tropas inglesas, y ora sorprenden un destacamento, ora se apoderan de un convoy, y de esta suerte se proporcionan de continuo cuantos víveres y municiones pueden necesitar para proseguir su campaña. Contra estos pequeños núcleos armados, de poco sirven los ejércitos poderosos: conocedores del terreno, informados por las poblaciones, todas amigas suyas, de los menores movimientos de sus adversarios, difícilmente pueden ser sorprendidos, y si alguna vez corren peligro de caer en manos de los ingleses, deshácense como por encanto, para rehacerse de

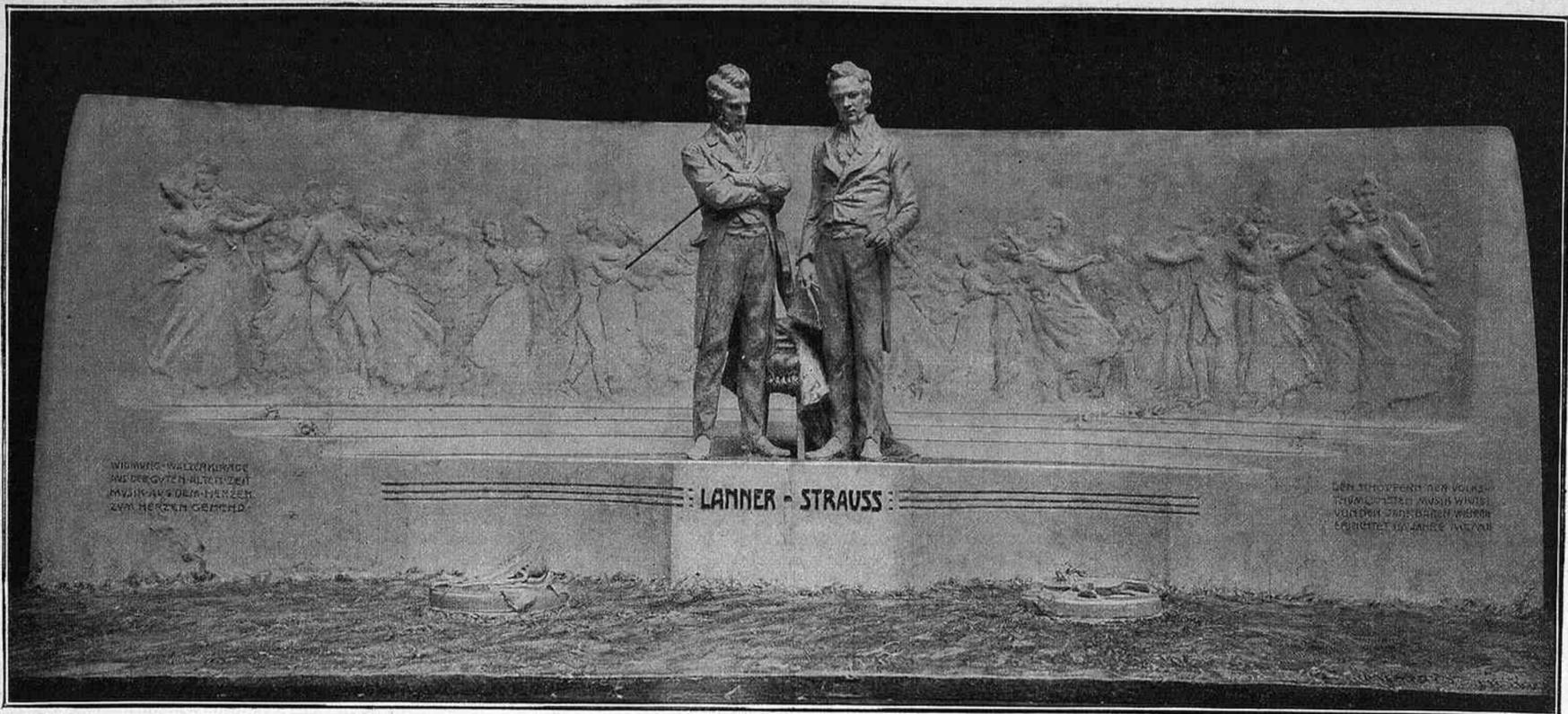
las promesas, los ofrecimientos más ó menos sinceros. Uno de los recursos á que ha apelado para facilitar la terminación de la guerra ha sido el de reconcentrar en las grandes poblaciones á los habitantes del campo, en evitación de que éstos favorezcan con su ayuda material y con su espionaje á sus hermanos levantados en armas. ¡Qué vergüenza para aquellos que llamaban bárbaros y salvajes á los españoles por haber empleado alguna vez en Cuba este procedimiento!

Mas de nada les vale á los ingleses todo cuanto hacen para atraerse ó para imponerse á los boers: éstos, amparados en su derecho, seguros de su fuerza y puesta su confianza en Dios, se muestran cada vez más firmes y tenaces, luchan con todo el ardimiento que el amor á su patria y á su independencia les infunde, y por lo mismo que están resueltos á morir en la demanda, esperan tal vez fundadamente que su tesón y sus sacrificios han de merecer en plazo no lejano la debida recompensa.

Y en tanto que entre los patriotas del Transvaal y del Orange el entusiasmo, lejos de decrecer, aumenta de día en día, entre sus adversarios va abriéndose paso la idea de la conveniencia, ya que no de la justicia, que aconseja poner término cuanto antes por medio de una paz honrosa á una lucha que no ha de proporcionar á Inglaterra honra ni gloria ninguna; que le ha atraído las antipatías del mundo entero, y que, aun en el caso de una victoria definitiva, no ha de reportarle un provecho proporcionado á las enormes pérdidas que hasta ahora lleva sufridas y á las que aún habrá de sufrir indudablemente durante mucho tiempo. - R.



PASATIEMPO A BORDO, CUADRO DE ENRIQUE SCOTT TUKE (de fotografía de Franz Hanfstangl, de Munich)



MONUMENTO DEDICADO Á LANNER Y Á STRAUSS QUE HA DE ERIGIRSE EN VIENA, proyecto premiado del escultor Francisco Seifert y del arquitecto Roberto Oerley

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Lanner y Strauss, proyecto de Francisco Seifert y de Roberto Oerley. — Francisco Carlos Lanner y Juan Strauss, á quienes con razón puede llamarse «poetas de los vales», florecieron en Viena durante la primera mitad del siglo pasado. Desde muy jóvenes, apasionados ambos por la música, formaron con otros dos amigos un cuarteto que poco á poco fué creciendo hasta convertirse en la famosa orquesta Lanner-Strauss, que tanta fama alcanzó en el mundo musical. Separados más tarde amistosamente, acabaron por ser rivales y por dirigir, desde 1825, cada uno su orquesta especial. Lanner nació en 1801, Strauss en 1804; aquél murió en 1843, éste en 1849, dejando cada uno de ellos escritas más de doscientas composiciones.

A la memoria de ambos maestros se erigirá dentro de poco en Viena el monumento que en esta página reproducimos, obra del escultor Francisco Seifert y del arquitecto Roberto Oerley, quienes han sabido darle una forma originalísima, poniendo en primer término á los dos compositores, cuyas figuras se destacan sobre un fondo en relieve en donde multitud de parejas se entregan á los placeres de la danza.



D. FÉLIX DE LA SIERRA, tenor jerezano que ha debutado con gran éxito en el teatro de San Fernando de Sevilla (de fotografía de Diego González, de Jerez)

D. Félix de la Sierra. D. Francisco Reynés. — En el teatro de San Fernando de Sevilla ha debutado recientemente con brillantísimo éxito el joven tenor D. Félix de la Sierra, natural de Jerez de la Frontera. Hijo de una de las más distinguidas familias de aquella ciudad, cursó en la universidad sevillana con notable aprovechamiento las carreras de Derecho y de Filosofía y Letras; pero llevado de su entusiasta afición al arte lírico, púsose bajo la dirección del maestro Sr. Reynés y á los tres años de estudios ha conseguido realizar su sueño dorado, obteniendo en la representación de *Aida*, ópera con que hizo su debut, un triunfo tan grande como merecido, y tanto más importante cuanto que lo consiguió en el coliseo que figura entre los principales de España y en una temporada, como la de primavera, en que cantan en aquel teatro artistas de fama universal. Todos los críticos de la localidad, confirmando el fallo del público, dedican los mayores elogios al Sr. Sierra, no sólo por su voz extensa, simpática, bien timbrada y potente, sino que también por su excelente escuela de canto, y le auguran un hermoso porvenir.

Ha sido profesor del Sr. Sierra el maestro D. Francisco Reynés y Subirachs, que tiene establecida en Sevilla una es-

cuela de canto desde que una afección en la garganta le obligó á abandonar la escena en donde había brillado como tenor. Discípulo del célebre Luigi Ronzi, de Florencia, ha educado á los que á su dirección se han confiado en esa escuela clásica italiana que de su maestro aprendiera, contando entre sus alumnos, no sólo á españoles, sino á artistas extranjeros, especialmente de Rusia, Alemania, de los Estados Unidos y aun de Italia, que han acudido á Sevilla para recibir sus lecciones. El Sr. Reynés es hijo de Barcelona, y en un reciente viaje á San Petersburgo se le hicieron en aquella capital ventajosas proposiciones para que se quedara allí á ejercer su arte, proposiciones que no quiso aceptar, prefiriendo volver á España.

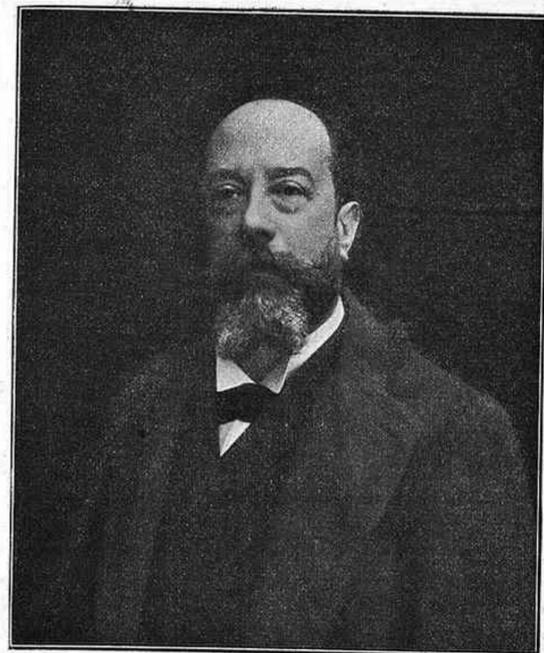
Primicias primaverales, cuadro de Eugenio Spiro. — Hay cuadros en los cuales la principal belleza consiste, no tanto en los primores de ejecución, en los alardes de un virtuosismo exagerado, cuanto en el sentimiento que de ellos se desprende, en la poesía que los avalora. La obra de Spiro pertenece á este género: su autor, más que á la impresión física de halagar los ojos, ha buscado el efecto psíquico, llegando á lo más hondo del alma; así es que en el busto de la joven que aspira el perfume de una rosa, con estar perfectamente dibujado y pintado con hermosa amplitud, lo que más cautiva es ese algo inmaterial que el lápiz y el pincel no son bastantes por sí solos á producir y que únicamente un corazón de artista que sienta hondamente puede comunicar á sus creaciones.

Los aserradores, cuadro de Juan Francisco Millet. — Tratándose de una obra del autor del *Angelus*, que recientemente ha sido comprado por un francés en 32.000 libras esterlinas (800.000 pesetas), huelga toda alabanza: Juan Francisco Millet en vida padeció amarguras sin cuento, sufrió las mayores privaciones, y como artista hubo de ver apreciada su labor en tan poca cosa, que más que precio de su trabajo, el valor que obtenían sus cuadros significaba apenas una indemnización de los materiales en ellos empleados. La posteridad le ha hecho justicia, y hoy sus lienzos se cotizan muy altos y son preciado ornamento de las principales colecciones y motivo de envidia para los aficionados á quienes sus recursos no les permiten adquirirlos. El de *Los aserradores*, que en el presente número reproducimos, pertenecía á Mr. Ionides, quien lo ha regalado con todos los que componían su valiosa colección á la Galería Nacional de Londres, dando con ello una prueba de gran desinterés y de profundo cariño á su país.

Pasatiempo á bordo, cuadro de Enrique Scott Tuke. — Pertenece el autor de este lienzo á la escuela naturalista, que cada día se va abriendo paso en Inglaterra, de donde es hijo Scott Tuke, y que ha relegado á término muy secundario el género tradicional de la anécdota, del sentimentalismo, de la tesis moralizadora, que hasta hace poco en aquel país prevaleciera. La escena trazada por el pintor es fiel trasunto de la realidad tal cual se ofrece á nuestros ojos, no embellecida ni afeada por optimismo ni pesimismo alguno; contemplando aquel grupo de marineros que durante la hora de descanso se entretienen jugando á los naipes, nos parece que estamos tomando parte en sus pasatiempos, y cuanto más nos fijamos en ellos, más nos cautiva la verdad con que el artista ha sabido presentárnoslos. El cuadro de Scott Tuke, que estuvo expuesto en una de las últimas exposiciones de Bellas Artes de Munich, mereció la doble recompensa de ser premiado con una medalla de oro y adquirido por el gobierno bávaro para la Nueva Pinacoteca de aquella capital.

Camino de Pompeya, cuadro de Baldomero Galofre (Salón Parés). — La personalidad artística de Baldomero Galofre cobra nuevo relieve en cada una de las obras que produce. No permanece estacionario, sin que por ello se deje arrastrar ni seducir por el aplauso ni por mentidas corrientes. Pintor de la moderna escuela, ama la realidad, pero embellecida y vigorizada por el arte y el ingenio. De ahí que todas sus obras se distingan por lo que constituye su característica, cual es arte y sentimiento. Ferviente admirador de Fortuny y de otros ilustres pintores, no les imita, convencido de que el pintor pertenece á la época, al período en que vive, debiendo llenar su misión. Huyendo de la vulgaridad, ha procurado tener carácter propio, creando un género especial, exclusivo, perso-

nalísimo, al que debe su celebridad. El cuadro que reproducimos, recuerdo de su reciente excursión á Italia, muestra es de sus condiciones y envidiables aptitudes, que se revelan hasta en lo más trivial y sencillo, atrayente siempre por su poderosa fantasía y magistral ejecución.



D. FRANCISCO REYNÉS, maestro de canto residente en Sevilla, profesor del tenor D. Félix de la Sierra (de fotografía de M. Castillo, de Sevilla)

Teatros.—Barcelona. — Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado la zarzuela en un acto *Jaque á la reina*, letra de D. Sinesio Delgado, música de D. Eladio Moreno. En Novedades ha debutado con gran aplauso el original artista Frégoli. En este último teatro ha dado la sociedad Filarmónica un notable concierto, compuesto exclusivamente de obras de Wagner y Berlioz, que fueron perfectamente interpretadas por los aplaudidos cantantes Sra. Bathori y Sr. Engel y por la orquesta que dirige el maestro Crickboom. En el Salón Parés ha dado un concierto el eminente pianista catalán Vidiella, ejecutando con su acostumbrada maestría hermosas piezas de Chopin, Haydn, Beethoven, Weber, Mendelssohn, Schumann y Litz, que le valieron continuadas y entusiastas ovaciones.

Necrología.—Han fallecido:

Augusto Hirsch, célebre astrónomo alemán, profesor de Astronomía y director del Observatorio de Neuenburg, secretario perpetuo de la Comisión internacional de pesos y medidas, y hasta hace poco secretario de la Asociación internacional para la medición de la Tierra.

S. Lemanski, notable físico y fisiólogo ruso, autor de importantes obras.

Las numerosas personas que emplean la **CREMA SIMÓN** han adoptado asimismo los **POLVOS DE ARROZ** y el **JABÓN** á la **CREMA SIMÓN**.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Recordaba lo que mi pobre amiga me había contado en otro tiempo de aquella horrible historia, y el sorprendente parecido que tanto me había turbado á primera vista, me conmovía de nuevo y me enternece como una desgracia, como si aquella analogía de gracia y de delicadeza presagiase una igualdad de destino. Miré á mi compañero, que estaba fumando cigarrillos recostado en un rincón del coche. Tenía las facciones regulares y finas, en las que se veían ya las huellas de la vida parisiense de placeres. ¿Pero quién las veía? Yo, que conocía las interioridades de su conducta. Aquella decadencia precoz de su fisonomía no le impedía ser lo que se ha convenido en llamar un guapo muchacho. Le oía hablar y observaba que, en efecto, París y sus más vulgares placeres eran el objeto de todos sus pensamientos. No era más que un chiquillo, y un chiquillo corrompido...

Todo esto hubiera debido importarme poco, porque, al fin, ¿qué era para mí aquella Evelina en el momento de nuestro paseo? Una joven de la que no había oído siquiera la voz y á la que no había visto más que un instante á través de una balaustrada. Si no hubiera sido más que la hija de su madre, no hubiera yo experimentado ciertamente aquella insupportable repugnancia ante la idea de tal matrimonio.

Lo que me hacía reemplazar irresistiblemente á mi antigua amiga con su hija y sentir á propósito de ésta lo que hubiera sentido respecto de la otra, era el parecido, un parecido — ¡qué locura! — del que ni siquiera estaba cierto. Sucede á menudo que al paso y á una simple mirada, que percibe únicamente el conjunto, se distingue una identidad entre dos fisonomías; pero luego se reconoce que sólo se trata, como se dice en lenguaje vulgar, de un aire de familia; un aire, en efecto, una apariencia fugaz en la que el análisis advierte sobre todo desemejanzas.

¿La volvería á ver hoy mismo? A medida que avanzaba la tarde, el deseo de encontrarme con ella acabó por absorber todos mis pensamientos. Cuando nos acercamos al hotel de los Vertobanne mi ansia llegó al colmo. Varios coches estaban á la puerta, entre los cuales Renato reconoció el de la condesa Muriel.

— ¡Qué suerte!, dijo. Evelina Duvernay debe estar aquí.

Allí estaba, en efecto, y desde el primer momento no vi más que á ella en aquel salón en el que había quince personas. Los criados no habían traído todavía las lámparas, y el día empezaba á proyectar en aquella habitación, amueblada con antiguos sillones y enormes arcos de nogal tallado, esas tintas neutras tan especiales del Mediodía, cuando el sol se retira y se pasa bruscamente de una luz deslumbradora á una semiobscuridad amortiguada. Aquella pálida claridad convenía muy bien á la sensación que yo había ido á buscar allí y que encontré en seguida, pero más penetrante, más intensa que en el camino del bosque.

Por fortuna, Evelina, cuando entré, estaba sentada en el círculo que formaban alrededor de la chimenea la dueña de la casa y otras dos señoras, de manera que le fuí presentado en los primeros momentos y pude colocarme casi enfrente de ella. Montchal cogió atrevidamente una silla y la puso al lado del sillón de la joven, la cual acogió aquella solicitud de una manera que me probó en seguida que el proyecto de matrimonio que acariciaba no tenía probabilidades de realizarse.

Es evidente que Evelina no se interesa por él. ¿Pero se interesa por alguien? ¿Qué quiere? ¿Qué siente? ¿Qué piensa? ¿Qué es? Durante la media hora de visita no me planteé las preguntas que ahora se me ocurren, ni hice más que detallar su persona sin perder el hilo de la conversación. Por fortuna la flaca y locuaz señora de Vertobanne es una marsellesa exuberante que hace ella misma las preguntas y las respuestas, de tal modo que el hablar con ella se reduce á escucharla ó á aparentarlo. Pude, pues, estudiar á mis anchas la fisonomía de Evelina, y entresacar de ella las líneas de la cara de mi fantasma, como de una copia hecha de memoria se entresaca el dibujo del original.

Antonietta, la mía al menos, la que yo conocí después de haber vivido y sufrido, era más pálida. Su

tez no tenía, como la de esta niña, el brillo rosado y aterciopelado de la adolescencia; pero era la misma sangre de rubia, esa sangre que al menor rubor inunda toda la cara con una ola profunda y transparente. Antonietta tenía alrededor de los ojos un tinte de cansancio que no nubla los frescos párpados de Evelina. Pero la mirada es la misma, las mismas pupilas azules, tan dulces y tan impenetrables, con ese no sé qué de acariciador y de altanero, de sensible y de voluntarioso. Antonietta no tenía, no tenía ya, esa risa infantil y franca; pero es la misma boca, con ese pliegue de las comisuras que revela una inconsciente amargura, una sensibilidad siempre excitada y con frecuencia herida. Las mejillas de Evelina son más delgadas, pero tienen el mismo hoyito á la izquierda, y la misma forma, firmemente dibujada, de la barbilla. Evelina tiene también de su madre la frente reflexiva, la finura de la nariz, el matiz del cabello, la estatura, las manos y los pies y aquel algo indefinible, cerrado y pasional, que era la nota característica de Antonietta. La voz es algo diferente, pero el mismo modo de emitirla, con calma, con igualdad, sin diferencias de emisión.

No tomó bastante parte en la conversación para que pueda citar aquí alguna frase suya. Pero á decir verdad, siempre que habló, oí menos sus palabras que su voz, tan parecida á aquella que me ha dicho las frases más dulces que nunca pude oír. Hubiera querido tener derecho de estar solo con ella en aquella claridad crepuscular, para pedirle que me repitiera indefinidamente ciertas frases de ternura cuyo recuerdo me hace desfallecer... Así *oíría* y *vería* á la otra... Casi la he oído, casi la he visto en aquel salón que iba obscureciendo, hasta el momento en que la llegada de las luces disipó la fantasmagoría de aquella alucinación retrospectiva. En aquel momento una señora gruesa, en la que reconocía á una de las paseantes del parque de los Cistos, se aproximó á nuestro grupo. Fuí presentado á la condesa Muriel, con la que tuve la habilidad de hablar bastante tiempo para que me dijera al marcharme:

— El jardín de nuestra quinta es bastante hermoso. Podemos confesarlo, puesto que por eso estamos allí. Si quiere usted ir á visitarlo, nos encontrará casi siempre después de almorzar...

— Y bien, dijo el pequeño Montchal en cuanto estuvimos de nuevo en la puerta del hotel Vertobanne; ¿qué impresión le ha hecho á usted la señorita Duvernay? Un poco fría, ¿verdad?, pero encantadora...

— Encantadora, respondí con afectada indiferencia.

El pobre muchacho no sospechó que aquel «un poco fría» y aquel «señorita» que probaban la frialdad de Evelina para con él, me hicieron perdonarle todas sus habladerías de por la tarde. Siento haber sido presentado por él á esa niña, no vaya á extenderse á mí la visible antipatía que él le inspira. Aunque el encuentro que ha puesto en presencia nuestras dos existencias no puede tener continuación alguna, pues si me quedase en Hyères, aquella semejanza acabaría por hacerme demasiado daño, sería duro que esa cara me fuese hostil...

III

Hyères, 2 de febrero.

... Lo que me sucede es tan completamente extraordinario, una sorpresa tan inesperada, que necesito para creer en ella reunir todas mis fuerzas de espíritu y probarme que estos muebles del cuarto de hotel en que ha sucedido la escena denunciadora están aquí en efecto, que no he soñado cuando Montchal me hablaba sentado en ese sillón y yo en este. Sí, aquellas palabras han sido pronunciadas aquí, entre estas cuatro paredes, y estoy viendo por la ventana perfilarse á lo lejos el campanario de Costebelle y los pinos que ocultan los Cistos. Todo es verdad, todo es real, de una realidad que me desconcierta hasta volverme loco.

No es posible la duda, y tengo que mirar frente á frente la situación que se expresa entera en estas palabras que escribo temblando: se dice aquí por todo el mundo que Evelina me ama, y mi conciencia

me asegura que es cierto ó que lo va á ser; que me ama ó va á amarme.

¿Me amará Evelina? ¿Será esta la consecuencia de unas cuantas semanas de intimidad cuyo peligro no he sospechado? ¿Pero qué he sospechado yo, ni qué he observado, desde el día en que este hipnotismo de semejanza empezó á obrar sobre mí? Hay en esa quinta de invierno, más tibia y más tranquila que las otras, un encanto de languidez que conviene tan bien á la voluptuosidad de mi alma, que debía venir este despertar. Puedo decir, en justicia, que no he querido esto, sino solamente vivir de nuevo en la imaginación las horas de mi juventud que más echo de menos, por medio de este recuerdo vivo de la bellezas que las encantó.

La tentación era muy fuerte para este corazón jamás curado y que ha querido abrir su herida, hacerla manar sangre y sentir al mismo tiempo penetrar en ella un bálsamo consolador, por medio de esa substitución que yo creí inocente. Era como si hubiera pedido á una mujer viva que representase á una muerta; como si hubiese yo tenido el poder mágico de animar, de hacer moverse y respirar al retrato de una amiga largo tiempo llorada. ¿Cómo resistir á un sacrilegio al que se prestaban tan complacientemente las condiciones de la existencia en este pueblo?

En esta pequeña sociedad, muy estrecha y cerrada y que no tiene la incoherencia cosmopolita de Cannes y de Niza, todo el mundo se conoce y todos están sin cesar visitándose los unos á los otros. Desde que fuí presentado á Evelina en casa de los Vertobanne, ni un solo día dejé de caer en ese inexplicable estado de semialucinación en que me sumió desde el primer momento... Allí estaba ella, andaba, reía, hablaba; á ella y solamente á ella veía al principio; pero luego, lenta é irresistiblemente, otra figura se sobreponía á la suya, que flotante é indecisa primero, acababa por precisarse. Evelina hacía uno de los gestos familiares á la otra, el más sencillo, el de aceptar por ejemplo algunas flores en un jardín, y entonces los años se borraban y el sitio se desvanecía: ya no era Evelina, sino Antonietta, tal como la veía en una de nuestras entrevistas fuera de París, ¡hemos tenido tantas y tan dulces!; y cuando yo le ofrecía un ramo de violetas, lo aspiraba bajando las pupilas, como la otra, con el mismo estremecimiento de los delgados labios y mostrando sus blancos dientes, exactamente igual que su madre. ¿Cómo hubiera podido darme cuenta de lo que pasaba en el alma de la joven en aquellos instantes? Aquella sensación de algo *ya visto*, de algo *ya oído*, invadíame á la manera que esos sueños producidos por la morfina, en los cuales las cosas presentes son como cosas pasadas, los objetos más próximos como objetos lejanos.

Con carácter menos concentrado que el de la señorita Duvernay, esa superposición de personas hubiera sido imposible. Pero Evelina es una silenciosa, como su madre; una concentrada que siente por dentro y que no se manifiesta. Por esto no he podido leer en sus ojos el interés que le inspiraba. No he comprendido lo que esa semejanza con Antonietta hubiera debido hacerme temer: que siendo su hija la misma mujer, con la misma sensibilidad, y habiendo yo permanecido el mismo hombre, era casi inevitable que las mismas causas produjeran los mismos efectos. El modo de ser que constituye lo más íntimo de mi alma amenazaba obrar sobre ella de la misma manera que había obrado sobre la otra. No había ni entrevisto esa posibilidad, casi esa necesidad. Aquellas largas semanas de trato diario han sido un sueño en el que la realidad se ha fundido para mí en la quimera. Ya estoy despierto. ¿Qué voy á hacer?

Si nadie más que yo supiera que se ha despertado en ella ese sentimiento... Pero los sucesos de ayer y de hoy no me permiten creerlo. Todas las personas que nos conocen han adivinado lo que yo no he sabido ver. Para ponerme en autos ha sido preciso el acontecimiento más grotesco, y gracias á que he dado con un muchacho que, á pesar de sus grandes defectos, es capaz de ciertos rasgos y de una generosa franqueza. Ayer recibí la primera advertencia de la casualidad.

Acababa de encontrar á la condesa Muriel y á dos de sus hijas, Anita y Matilde, y las acompañé á

la confitería, que es el Rumpelmayer de este pueblo, con la esperanza de encontrar allí á Evelina y á sus otras dos primas, Rosa y Luisa. Las tres habían estado allí y se habían marchado. Iba á acompañar á la condesa hasta su coche, cuando pasó á nuestro lado la señora de Montchal; y al ponerse á hablar con esas señoras, apenas contestó á mi saludo con un movimiento de cabeza seco, altanero y hostil, que me dejó desconcertado. ¿Qué he hecho yo á esta mujer?, me pregunté. Hice examen de conciencia sobre esa serie de pequeñas atenciones que tanto gustan á las viejas del estilo de aquella, y como mi conciencia no me acusaba de nada, dejé de pensar en este asunto, cuando otro hecho vino á probarme que no me había engañado en cuanto á la actitud de la señora de Montchal. Subí al círculo para matar el tiempo, y encontré á Renato de Montchal sentado como de costumbre á la mesa del *poker*. Me aproximé á él para ver la partida, y observé que en seguida empezó á cometer falta sobre falta. Se puso rojo, y todo en su actitud denotaba una extrema agitación. Por extraño que aquello me pareciese, comprendí que era yo le causa de ello, y me convencí por completo cuando un cuarto de hora después le vi salir del círculo sin estrecharme la mano. ¿También él estaba resentido? ¿Pero por qué?..

Aunque no me importaba gran cosa que se enfadasen conmigo la madre y el hijo, aquella pregunta me ha perseguido anoche y esta mañana como un enigma irritante. Habiendo vivido siempre muy independiente, no estoy hecho á esas mezquinas dificultades de las relaciones de camarilla, y por esto no he habitado casi nunca en Dole. En este caso, sin embargo, me preocupaba el pensar que acaso la de Montchal me perjudicase con la condesa Muriel é hiciese menos cómodas mis visitas á los Cistos. ¿Quién sabe si aquella frialdad repentina provendría de alguna calumnia? Y sobre todo, ¿cómo era que Renato tomaba el partido de su madre contra mí? ¿Acaso atribuía á mi influencia los escasos progresos de sus planes respecto de Evelina? ¿Pero alimentaba todavía aquellos planes?..

Iba yo discutiendo conmigo mismo esa hipótesis, á eso de las once, y atravesando el paseo que corta las salinas, al trote de una yegua de alquiler bastante buena que he encontrado aquí, cuando al tomar el camino de la península de Giens, vi un jinete que entraba en el bosquecillo de pinos que separa aquel camino de la aldea de la Accapte. Reconocí en seguida el caballo de Montchal, y como hemos dado juntos frecuentes paseos desde que estoy en Hyères, era natural que me reuniese con él.

Era además aquella una buena ocasión de saber á qué atenerme, y picando á mi yegua tomé la dirección del estrecho sendero que serpentea entre los pinos, y como mi montura corría más que la suya y por otra parte el ruido de las pisadas se amortiguaba en la arena, no tardé en alcanzarle. Empecé por abordar á Montchal como de ordinario, con un reproche amistoso por no haberme avisado que iba á montar esa mañana, y él me respondió en el tono embarazado de un hombre que no tiene ningún pretexto plausible para cambiar de actitud conmigo y que disimula, sin embargo, un verdadero rencor. Casi en seguida puso su caballo al galope corto, para evitar, sin duda, la conversación. Mi yegua se puso también á galopar, y así desembocamos en la pista del hipódromo. Al pasar de la sombra del bosque á aquel ancho espacio, la yegua vió un gran charco que brillaba al sol, se asustó y dió un bote á la derecha, yendo á pegar con la grupa en el caballo de mi compañero. Entonces vi, con un estupor que me hizo exclamar por dos veces: «¡Pero está usted loco, Montchal!», que éste levantaba el látigo y daba un violento latigazo á mi yegua, que saltó de nuevo hacia el otro lado. En seguida, y antes de darme tiempo para repetir mi exclamación, picó espuelas al caballo, le fustigó también fuertemente, y desapareció á todo galope en dirección de la playa.

No traté de seguirle, persuadido de que en el estado de sobreexcitación en que se encontraba y en que me había puesto á mí mismo por su incalificable proceder, era muy fácil que viniésemos á las manos, y teniendo en cuenta la diferencia de edades no quería permitirme nada incorrecto. Me dirigí, pues, á la playa, diciéndome con una cólera que dominaba á mi contrariedad: «¡Un lance con este muchacho! ¿Hase visto nada más ridículo? Es preciso, sin embargo; no puedo aceptar esto. ¿A quiénes buscaré como padrinos? ¡Pero es estúpido, señor, es verdaderamente estúpido! ¿Por qué me guardará rencor ese desgraciado?..»

Por primera vez entrevisté entonces, si no toda la verdad, una parte de ella. El rapto de cólera de aquel joven provenía evidentemente de un acceso de pasión, y á los veintisiete años, ¿cuál podía ser

esa pasión? Había una mujer entre nosotros. ¿Cuál sino la señorita Duvernay? Había ya pensado en ello, aunque engañándome sobre la naturaleza del agravio. Aquel furor no podía provenir sencillamente de una intriga contrariada, y suponía la pasión y los celos. «Sí, pensé, se ha enamorado de ella y está celoso de mi asiduidad. Es natural, pues no sabe nada. Lo que no es natural es obrar así sin pensar en las consecuencias. Se buscará el porqué de nuestra querrela y se dará con él. Se pronunciará el nombre de Evelina, y hay que evitarlo á todo trance. Este lance debe permanecer secreto, lo que depende de los padrinos. ¿A quién me dirigirá? Y volví á mi estribillo: «¡Pero es estúpido, señor, es verdaderamente estúpido! Es indudable que he estado imprudente. Me he ocupado demasiado de ella, sin tener en cuenta que este muchacho la quería y nos estaba observando...»

Este remordimiento por haber dado pretexto con mi aturdimiento á una aventura comprometida para una joven — ¡y qué joven! — se aumentó en seguida con otro temor: si el asunto se vislumbraba, aunque fuera muy ligeramente, se había acabado la deliciosa intimidad de las últimas semanas. Volví, pues, á mi hotel muy preocupado, y después de almorzar me encerré en mi cuarto y me puse á examinar á fondo los datos del problema, antes de decidir nada irrevocable. Estaba, pues, meditando sobre la difícil cuestión de los padrinos, cuando un mozo del hotel me entregó una tarjeta en la que leí, esta vez con cierto consuelo, el nombre de Renato Montchal. Un minuto después mi agresor de por la mañana entró, muy encarnado todavía, pero con una virilidad de fisonomía y de acento que nunca había visto en él.

— ¿No me esperaba usted?, me dijo. He querido venir antes de que usted me enviase sus amigos, para que todo quedé, si es posible, entre nosotros... No pude dominar mis nervios hace un rato, y declaro á usted que lo deploro, sin dejar por eso de estar dispuesto á darle otra satisfacción si la desea...

— Venga esa mano, respondí, mostrándole la mía. Supongamos que una falta de mi yegua ha tenido la culpa de todo. Usted ha hecho un ademán involuntario, y después de este paso no queda nada. Terminado el incidente, hablemos de otra cosa...

— ¡No!, respondió, después de haberme estrechado la mano, aunque débilmente; hablemos de lo mismo. Me da derecho á ello el paso que doy cerca de usted y que no le oculto que me cuesta mucho trabajo. Mi madre, que es el honor mismo, me ha dicho que debía darle para que no se pronunciase ningún nombre á propósito de nuestros asuntos... Ya ve usted, Malclerc, que obro con usted con entera franqueza; ¿por qué no ha hecho usted lo mismo conmigo?..

— ¡Que no he obrado francamente con usted!, exclamé.

Aunque no pronunció el nombre de Evelina, la alusión era para mí perfectamente clara, como lo era también la diferencia entre los sentimientos actuales de Renato y los que había manifestado antes de mi llegada. Sobre este punto había yo supuesto bien. Sin duda al ver que yo me ocupaba de ella, Montchal se había prendado de Evelina después de no haber visto en ella más que un buen partido posible: Su antipatía, su acceso de cólera y el paso que ahora daba se explicaban así. Una vez realizada su fechoría, había juzgado como yo las consecuencias y había querido impedir las, al mismo tiempo que, por consejo de su madre, procuraba saber exactamente mis intenciones. Aunque tal conversación me era muy desagradable, no había modo de eludirla en las circunstancias actuales. Así pues, para acabar pronto al menos, añadí:

— Pero pregunteme usted; es lo más sencillo, y así se dará cuenta de que ha habido entre nosotros una mala inteligencia.

— Cuando vino usted, dijo Montchal, recordará que le hablé de un proyecto de matrimonio que mi madre había formado para mí... Yo vacilaba mucho, pero ello es que el proyecto existía. Yo se lo confié á usted y le dije el nombre de la joven de que se trataba...

Después de un momento de vacilación prosiguió bruscamente:

— Cuando usted empezó á ocuparse de ella, ¿no debió advertírmelo? ¿Encuentra usted bien el haber sido presentado por mí y haber trabajado en contra mía sin avisármelo? Si usted me hubiera dicho amistosa y lealmente que pensaba pedirla en matrimonio, yo hubiera sabido lo que tenía que hacer y no le hubiera guardado rencor. Se lo he guardado por su silencio, y para ser franco, se lo guardo aún...

— Y tendría usted mucha razón, respondí, si eso fuera cierto. Pero no lo es. No puedo decir á usted

más que una cosa: encuentro á la señorita Duvernay deliciosa y tengo mucho placer en verla; pero no he tenido nunca, ni tengo, la intención de casarme con ella...

— Entonces, ¿por qué se ha hecho usted amar por Evelina?, exclamó Montchal con verdadero dolor.

— ¿Yo? ¿Yo me he hecho amar por ella?, respondí.

— ¡Oh! Bien lo sabe usted, dijo, y todo el mundo en Hyères lo ha notado como yo. No se necesita, por otra parte, observar mucho. Desde que está usted aquí, el carácter de Evelina ha cambiado. Era alegre y habladora y se ha vuelto soñadora y taciturna. Nunca fué muy animada, pero es ahora más reservada y más inabordable... Cuando debe usted ir á alguna parte y tarda, es visible que ella le espera y sufre... Cuando usted llega, no para hasta que se sienta al lado de usted... El otro día, ¿por qué no decirlo?, estaba de visita en casa con su tía y recayó la conversación sobre usted. Yo me puse á criticarle. ¿Qué quiere usted? Estaba resentido. Entonces ella empezó á defender á usted con una viveza tan diferente de su dulzura habitual... De repente, ella misma observó que se estaba haciendo traición y se calló, y toda la sangre de su cuerpo se agolpó en su cara. Si la hubiera usted visto enrojecer así, no me diría que no se ha hecho amar por ella...

Renato continuó desahogando su corazón de una ola de amargura amontonada, y á medida que mencionaba los signos que había observado y las escenas que habían envenenado su pasión, cada una de sus palabras despertaba en mí imágenes que eran otras tantas pruebas indiscutibles, en las que yo no había puesto atención, hasta tal punto el hipnotismo de mis recuerdos me había como embriagado durante todo aquel tiempo. Volví á ver la risueña Evelina del primer día, y otra Evelina, aquella á cuyo lado me paseaba ayer, pensativa, con una mirada profunda en sus ojos azules y una expresión reflexiva en la boca. ¿Era posible que fuese yo la causa de aquel cambio de la niña inconsciente en mujer? Recordaba, en efecto, que en muchas ocasiones, habiendo tardado en llegar á una de esas citas que se dan de continuo las personas que se ven todos los días, la había encontrado nerviosa y contrariada.

La semana última habíamos convenido en ir á ver las ruinas romanas de Pomponiana, en la entrada de los bosques de Costebelle, á orilla del mar. Una diferencia de relojes hizo que se me pasara la hora de ir á buscar á esas señoras á los Cistos y me fué directamente á las ruinas. Al llegar, me llamó la atención la emoción de Evelina cuando me vió aparecer de repente en el camino. En aquella visita, y aunque no tengo vocación alguna por el oficio de cicerone, me dió, no sé por qué, por hablar de Roma y de los recuerdos de mi viaje á Italia, y ella me escuchó con un interés muy singular.

Todos aquellos indicios habían pasado inadvertidos para mí, pues estando cerca de Evelina, siempre había pensado en otra; cuando la miraba, no era á ella á quien miraba. Por primera vez aparecía ante mí este hecho evidente: que aquella criatura, con la cual me había entregado á mi juego de evocación, era una joven viviente y que tenía su personalidad. No había querido ver en ella más que un retrato que me servía para soñar con la muerta, y aquel retrato era capaz de sentir y de sufrir. Ante estas verdades que se me revelaban y que yo no había sabido reconocer, se apoderó de mí el espanto; pero lo dominé, para responder á Renato de un modo que terminase aquella conversación que ya no podía enseñarme nada y me hacía daño.

— Me deja usted confundido de asombro, querido Renato, dije. Por fortuna todo eso no ha ocurrido más que en la imaginación de usted. Lo único que hay aquí que no es imaginario, son los dichos de la gente de Hyères, y es preciso que cesen... Para mí resultan dos cosas de esta conversación: la primera, que ha obrado usted como un perfecto caballero no queriendo que hubiera un nuevo pretexto para tales hablillas, por lo que le doy las gracias... La segunda es que debo usar en adelante más prudencia que la empleada hasta hoy en mis relaciones con la señorita Duvernay.

Renato movió la cabeza con impaciencia. Aquel muchacho, al que conocí tan ligero y tan vulgar en sus maneras y en su lenguaje, tenía en aquel momento una expresión de verdadera nobleza á causa de la pasión de que se sentía poseído. El desinterés del paso que estaba dando, inspirado en esa misma pasión, le daba cierta autoridad.

— No hay ninguna imaginación en todo esto, dijo. Es una cosa real, muy real. Si verdaderamente no quiere usted casarse con Evelina, váyase de Hyères, Malclerc, es su deber de usted.

Y repitió:

— *Es su deber...*

Hyères, 3 de febrero.

... ¡Es su deber de usted! Sí, lo es, y de una importancia mucho más sagrada de lo que imagina ese pobre muchacho, tan ingenuo aún y tan honrado en lo que él cree ser experiencia de hombre... Sí, debo marcharme, porque es verdad que Evelina me ama, lo sé, lo he visto. Es tan cierto como mi propia existencia. Y lo insensato, lo terrible — ¿me atreveré siquiera a escribirlo aquí? ¿Y por qué no, si estoy resuelto a no ceder? — lo monstruoso es que yo también amo a Evelina...

¿La amo? ¿Cómo? ¿Con qué pasión, incomprendible para mi propio corazón, en la que el presente se confunde con el pasado? ¿Con qué emoción compleja, en la que el recuerdo de lo que he experimentado en otro tiempo se mezcla con el áspero y violento deseo de experimentarlo de nuevo? ¿Por qué prodigio de inconsciencia no he visto en qué abismo me precipitaba? ¿Por qué aberración he creído que interrumpiría mi juego a voluntad, cuando me estaba dejando dominar por él más profundamente cada día, a cada hora?

Al hipnotizarme buscando en sus facciones la imagen de otras facciones asociadas para mí a unos éxtasis que nunca había conocido antes, como jamás después he sentido, ¿se ha despertado en mí la vibración de las antiguas caricias? ¿Han sido los besos de otro tiempo, aquellos besos gustados en una boca tan parecida a ésta y cuya dulzura quemaba todavía mis labios? No lo sé. No lo sé. Pero sí sé que la inmensa ola interior ha empezado otra vez a levantarme y a envolverme; que esa niña, que no debía ser más que la contemplación de un sueño, el consuelo de una nostalgia, me ha deslizado de nuevo en las venas el ardiente veneno. Sé que el dejarla, que el huir de la ciudad en que ella respira, de los caminos en que puedo encontrarla, es para mí en este instante un horrible martirio, la entrada, no ya en la melancolía de la ciudad, sino en la desesperación. Y sé también que debo hacerlo, porque he sido amante de su madre.

Lo he sido. Lo soy todavía, desde hace siete años, en mi pensamiento, en mis dolores, en lo más íntimo de mi carne. Esta fiebre que me invade con tan indomable frenesí, no es una enfermedad nueva que empieza, es la antigua que continúa. Es la muerte a la que deseo en la vida... No, no quiero, no debo ir hasta el fin de este extravío. Amar con el mismo amor a la madre y a la hija es un crimen que tiene su nombre: *un incesto*. No. No. No. No le comeré...

Para curarme, es preciso que me vaya y que tenga el valor de no verla más. Ahora que el equívoco se ha disipado, emana de sus miradas, de sus movimientos, del sonido de su voz, de su sola presencia, una fuerza omnipotente que aniquila mi energía. La idea de que puedo ser amado como lo fui hace diez años, con la misma sensibilidad, por la misma mujer, me produce un vértigo que me arrastraría a todas las locuras, a cogerla en mis brazos, a besar sus ojos y sus labios, a estrecharla con delirio contra mi corazón, si no fuera un ser sagrado por su propia inocencia, una joven, un alma de pureza que tiene delante de ella la vida entera y cuyo destino puede ser estropeado con una sola palabra; un alma sin defensa, de la que sería vergonzoso y cobarde abusar!

¡Lo que he hecho hoy ha sido ya muy criminal!.. A consecuencia de la conversación de anteayer, había reflexionado larga y seriamente y había tomado la firme resolución de no faltar a lo que mandan la prudencia y el honor; pero me ha sido imposible el cumplirla. Había pensado que, aun en el caso de que Montchal no hubiera hecho más que contarme hablillas de salón, mi deber sería ya marcharme, por delicadeza y para evitar toda calumnia a la reputación de aquella niña; y si no se trata solamente de eso, si Evelina ha empezado realmente a interesarse por mí, el deber de marcharme es todavía más imperioso...

Mas esos «si» condicionales no eran sinceros, pues sabía positivamente que Montchal había dicho la verdad. Su revelación había hecho en mí la luz repentinamente. ¿No era también una revelación, no menos indiscutible, este calor que la certeza de ser amado introduce en toda mi sangre, esta vitalidad renovada de repente, esta alegría de que me siento henchido aun en medio de mi espanto? Pero esta segunda verdad, la que se refiere a mi corazón, sólo hoy me atrevo a confesármela. Ayer me atuve a lo que se refería a Evelina.

Había pensado además: «Para que mi partida sea eficaz en ambos casos y corte de raíz al mismo tiempo las hablillas ciertas y sus sentimientos posibles, hay que tener el valor de marcharse sin verla. La

cosa es fácil. No tengo más que pretextar un asunto urgente en Niza. Envío a la tía una esquila de excusa por no haber ido a despedirme, y una vez en Niza no escribo más. Dentro de un mes, todos en Hyères me habrán olvidado, incluso ella...»

Después de una lucha interior, había vencido el sentimiento del deber y adopté esta resolución de marcharme sin decir adiós. Mandé a mi criado que lo preparase todo, pedí la cuenta del hotel y pagué algunas facturas atrasadas. Esos pequeños comienzos de ejecución precipitada son el recurso de las voluntades vacilantes. Había esta mañana un tren rápido y anuncié a mi criado que le tomaríamos... No le hemos tomado; y hoy, a las dos, hora en que estaba absolutamente seguro de encontrar a Evelina, llamaba a la puerta de los Cistos.

Las señoras estaban en casa. En cuanto dí unos pasos por el parque, me asaltó el recuerdo, conmovedor como la realidad, de mi primera cita con mi amiga en el Jardín Botánico. Sentía la misma fiebre nerviosa que entonces, los mismos latidos secos y rápidos del corazón, la misma opresión de garganta, como si una mano me la apretase. Aquella identidad entre las impresiones de otro tiempo y las de hoy hubiera debido hacerme huir, y por el contrario, me atraía, me fascinaba. Allí, en aquel instante, comprendí qué sacrilego trabajo de sustitución se estaba realizando en mí, a qué abismo me encaminaba... y fui al abismo.

No había nadie en el salón donde el criado me introdujo. Aquel hombre llamó a la puerta del cuarto de la condesa, y no recibiendo respuesta, me dijo que la señora debía estar en el jardín y que iba a avisarla. Me quedé, pues, solo en aquella habitación donde todo me hablaba de Evelina, y la idea de que no vendría más a verla me hizo mucho daño, tanto como la contemplación de aquel horizonte admirable que se ostentaba más allá de las ventanas, de aquel paisaje de verdes pinos, de mar azulada y de violáceas islas, sobre el cual no vería nunca más destacarse la línea pura de su perfil. Apoyé mi frente sobre los cristales para refrescar mi calentura mientras veía moverse los árboles que se estremecían bajo el firmamento, las olas que bordaban con su espuma la playa y un vapor que doblaba los peñascos de las Medas, cuando de pronto mis ojos distinguieron a la que me hacía tan adorable aquel bendito rincón de la naturaleza.

Evelina venía sola y lentamente hacia la casa, con el mismo sombrero de jardín que llevaba puesto el día de la primera aparición y que sombreaba su cara, un poco fatigada y enflaquecida en los tres días que hacía que no la había visto. Llevaba en la mano un cestillo lleno de rosas pálidas, del mismo matiz de su tez, que yacían mezcladas en su follaje. ¡Qué linda estaba así, con un traje de sarga de un azul oscuro que acentuaba los reflejos dorados de sus cabellos! Por impulso instintivo, dí dos golpecitos en el cristal para que levantase la cabeza y me viese. Alzó la frente, en efecto, me vió y por sus labios pasó una sonrisa, mientras un relámpago brotaba de sus pupilas.

¡Ah! Si hubiese tenido la menor duda sobre las revelaciones arrancadas a Montchal por los celos, aquella sonrisa y aquella mirada la hubieran disipado... ¡Cómo dijeron, sin coquetería, sin mentira, sin desconfianza, la alegría que mi presencia causaba a aquel ser encantador! ¡Y cómo olvidé yo todos mis razonamientos! La encontraba tan deliciosa de aquel modo; aquella acogida era de tal manera la misma de mi antigua felicidad, que no reflexioné. La oportunidad de hablar con ella a solas unos minutos era demasiado tentadora y sucumbí a ella. Bajé la escalera y me encontré a su lado.

— Mi tía no debe estar lejos, dijo en seguida que cambiamos los saludos corrientes.

Vi que estaba emocionada por haber sido sorprendida de aquel modo, lo que acabó de turbarme deliciosamente, y habiendo querido llamar a su tía, la interrumpí diciéndole:

— Han ido a buscarla, pero he visto a usted en el jardín y he bajado. ¡Tengo tan pocas ocasiones de hablar con usted a solas!..

Me estaba oyendo decir estas palabras, absolutamente contrarias a las que hubiera debido pronunciar, y mi honor me las reprochaba en el mismo momento. Pero la veía arreglar las rosas para disimular su emoción, y sus párpados medio cerrados me recordaban de tal modo la expresión idéntica de la otra, que necesité a toda costa que aquella identidad se completase por una efusión de ternura, como entonces.

— Déme usted una rosa, dije; quiero guardarla en recuerdo de este hermoso día y del placer que he tenido viéndola a usted acercarse sola por esta avenida.

Sus párpados, que seguían inclinados al suelo, se

agitaban nerviosamente, y su mano tembló un poco al coger del cestillo una rosa que me entregó con sencillez, como si no hubiera querido comprender el sentido de mi frase. Me dirigió, sin embargo, una mirada en la que pude leer una súplica de que no continuase, y me dijo, llevando la conversación al tono acostumbrado:

— ¿Por qué no vino usted ayer a vernos? Mi tía se lo había rogado...

— He tenido una contrariedad, respondí, una gran contrariedad.

Su reserva sistemática en aquellos rápidos instantes, los últimos acaso que podríamos pasar juntos, me encantaba y me irritaba al mismo tiempo, y estaba seguro de que quejándome un poco le haría salir de su actitud.

Su cara se volvió, en efecto, hacia mí con ingenua ansiedad. ¡Ah! ¡La veía, la sentía sentir! ¡La sentía amarme! Y esa sensación me rejuvenecía de tantos años, que para duplicarla y prolongarla cometí la locura de añadir:

— Sí, una carta de un amigo que está enfermo y solo en Niza... Tengo que reunirme con él y me voy mañana...

— ¿Se marcha usted?, preguntó con una voz involuntariamente temblorosa.

Si me hubiera jurado que me adoraba, ese juramento no hubiera valido lo que aquella confesión de su acento ahogado, en el que se reflejaba la palpación repentina de su corazón. Las hojas de las palmeras, que formaban una bóveda por encima de nuestras cabezas, chocaban unas con otras lenta y dulcemente. El sol, que se filtraba a través de ellas, tejía a nuestros pies un encaje móvil de luz y de sombra.

Yo estaba en uno de esos estados de extravío en los que por la emoción de un segundo, de este segundo que se va, que ya no existe, se daría sin vacilar toda la vida, y continué:

— Sí, me marchó, y he venido para despedirme de usted...

— ¿Y cuándo volverá?, me preguntó.

— Nunca, respondí, a no ser que...

— A no ser que..., repitió.

La pobre niña comprendía demasiado que iba a decirle frases que no debía oír, y yo veía que no quería escucharme y que no podía dejar de oírme.

— A no ser, continué, que usted me pidiese, que me ordenase volver.

Y al mismo tiempo mi mano cogió la suya y la atraje hacia mí. Evelina se desprendió con un estremecimiento casi convulsivo, extendió el brazo para apoyarse en el tronco de un árbol, de tal modo temblaba, y dejó caer el canastillo de las rosas. Las frescas flores se desparramaron por el suelo, y en este momento oímos la voz de la condesa que llamaba a su sobrina desde una enramada próxima.

Evelina, cuya cara estaba inundada por una oleada de rubor, respondió:

— Aquí estoy, tía mía...

Y se puso a recoger las rosas sin mirarme, para disimular su turbación. Yo no me atreví a ayudarla, y me quedé a su lado, presa de una emoción indescriptible.

Cuando acabó su graciosa tarea, levantó los ojos hacia mí, aquellos queridos ojos azules en los que leí tanta lealtad y tanto pudor y ni un reproche, y me dijo:

— ¿Por qué ha hecho usted esto conmigo? Eso no está bien. No hay aquí más que una persona a quien pueda usted pedir el derecho de volver: mi tía...

Su tía estaba en el extremo de la calle de árboles en el momento en que la tierna niña me hablaba de aquel modo, y nos dirigía esa sonrisa indulgente de una mujer de edad ante el gentil disimulo de dos enamorados a punto de ser prometidos.

Cuando le dije que iba a despedirme, sus ojos expresaron una sincera sorpresa. Miró a Evelina, me miró a mí, y vi distintamente en sus labios la frase que había pronunciado su sobrina: «¿Y cuándo volverá usted?» Pero no la dijo, y mi razón me hizo ver, en un repentino relámpago, la criminal locura de mi conducta.

Las palabras de Renato de Montchal resonaron de nuevo en mi oído: «Si no quiere usted casarse con la señorita Duvernay, váyase de Hyères, Malclerc. Es su deber...» ¡Casarme con ella! ¡Desgraciado! Tú no puedes hacer eso, no puedes cometer el incesto... Y entonces, ¿a qué tu visita, tus actos, tus palabras de hoy?... ¡Desgraciado! ¡Desgraciado! ¡Que esta criminal debilidad sea al menos la última! Me doy mi palabra de honor de tomar mañana el primer tren para Niza sin volver a los Cistos... Esta vez la cumpliré. ¡Dios mío! ¡Qué duro será!..

(Continuará)

EXPOSICIÓN MONOGRÁFICA DEL TUBÉRCULO LA PATATA

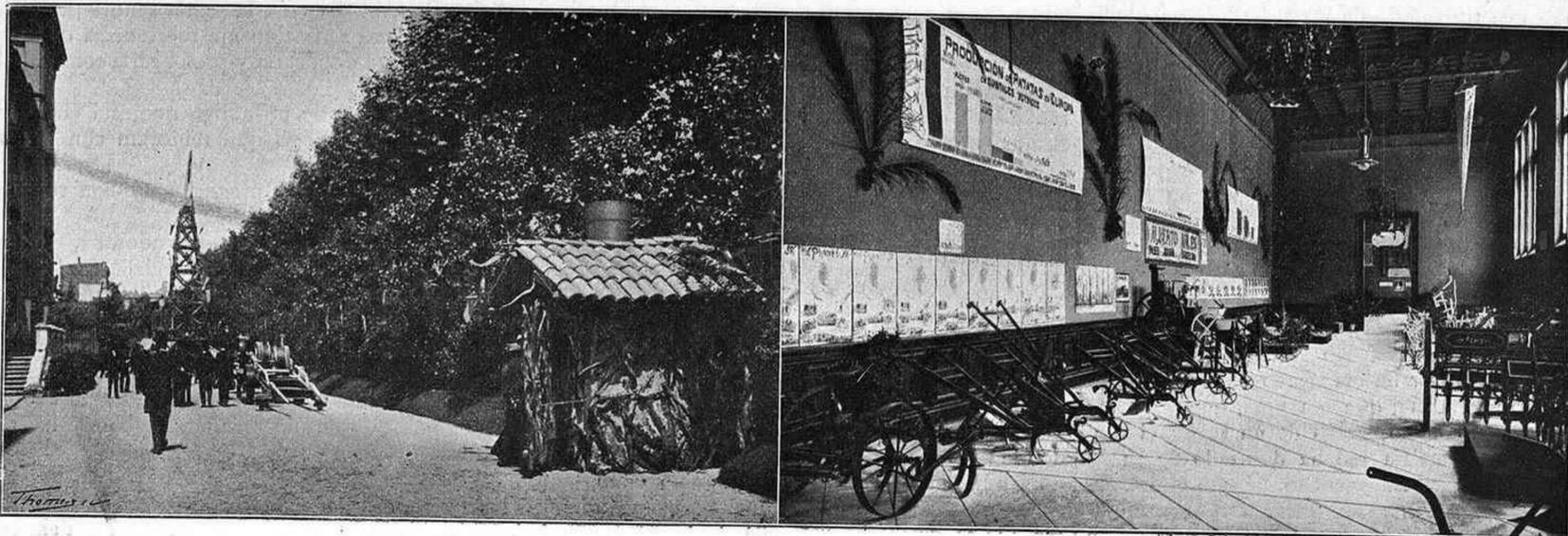
En el Palacio de Bellas Artes de Barcelona y en los jardines anejos al mismo se está celebrando actualmente una interesante exposición de la patata, organizada por el Instituto Catalán de San Isidro, para solemnizar el cincuentenario de su fundación.

Entrase en la exposición por el jardín del referido palacio, en el cual se han instalado varios aparatos para la elevación y conducción de aguas, tuberías de riego, aperos de labranza, material para industrias rurales, etc. En las salas del ala derecha del palacio se han instalado abonos y utensilios agrícolas, entre los cuales descuellan algunos utilizados especialmente para el cultivo de la patata; en las del ala izquierda figuran las industrias que como las féculas y los alcoh-

los más calurosos elogios el Instituto Catalán de San Isidro y muy especialmente los individuos del mismo Sres. Guillén y García y Tobella, encargados de llevar a cabo la ejecución del proyecto.

El acto de la inauguración, celebrado el día 14 de los corrientes, revistió gran solemnidad, con asistencia de las primeras autoridades civiles y militares, de un público tan numeroso como escogido, y bajo la presidencia del excelentísimo Sr. D. José Pujol y Fernández, por ausencia del Excmo. Sr. Marqués de Camps, presidente del Instituto.

Después de la lectura hecha por D. Andrés de Ferrán, secretario del Instituto Catalán de San Isidro, del acuerdo de la junta directiva de celebrar el con-



BARCELONA.—EXPOSICIÓN MONOGRÁFICA DEL TUBÉRCULO LA PATATA QUE ACTUALMENTE SE CELEBRA EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES
INSTALACIÓN EN LOS JARDINES.—INSTALACIÓN DE APEROS (de fotografías hechas expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)

les se derivan del cultivo de aquel tubérculo y las numerosas variedades de éste.

En esta sección, el servicio agronómico nacional ha ocupado varias salas con elegantes y bonitas instalaciones, en las que se puede juzgar de la inteligencia del personal encargado del mismo.

La Granja Experimental y Escuela de Peritos Agrícolas y Capataces de Barcelona expone multitud de variedades de patatas en planta cultivada en tiestos y toda clase de dibujos y trabajos estadísticos relacionados con el cultivo de aquéllas.

Junto a las instalaciones del servicio agronómico está la sala que puede llamarse de Parmentier, el insigne agricultor francés del siglo XVII; el Instituto

Agrícola Catalán de San Isidro ha puesto en el testero del salón un retrato del gran propagador de la patata, copia de la estatua que figura en el monumento que sus compatriotas le elevaron en Neuilly, y rindiendo justicia a otro agricultor catalán que trabajó por generalizar en nuestro país el uso del precioso tubérculo, ha colocado en otro salón el del popular *Bonminyó*, de Mataró, fundador de la importante casa *Nonell* de esta capital.

En las salas de Parmentier y de *Nonell* pueden estudiarse detenidamente las principales variedades de la patata, en su mayoría cultivadas en nuestros campos.

En otros varios locales adornados con plantas y banderas de distintos colores, hállanse expuestos, en combinación

artística, los insectos perjudiciales al tubérculo, gran número de útiles propios para el cultivo y cocción de éste, aplicaciones del mismo a la alimentación de los animales domésticos y otros muchos objetos relacionados con la base principal de la exposición, llamando la atención especialmente una instalación elegante, dispuesta por el Sr. Baquer, propietario de los restaurantes de los ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, en la que se guisan y sirven patatas en todas las formas apetecibles al paladar del *gourmet* más exigente.

En suma, la exposición constituye un éxito indiscutible, y por ello merece

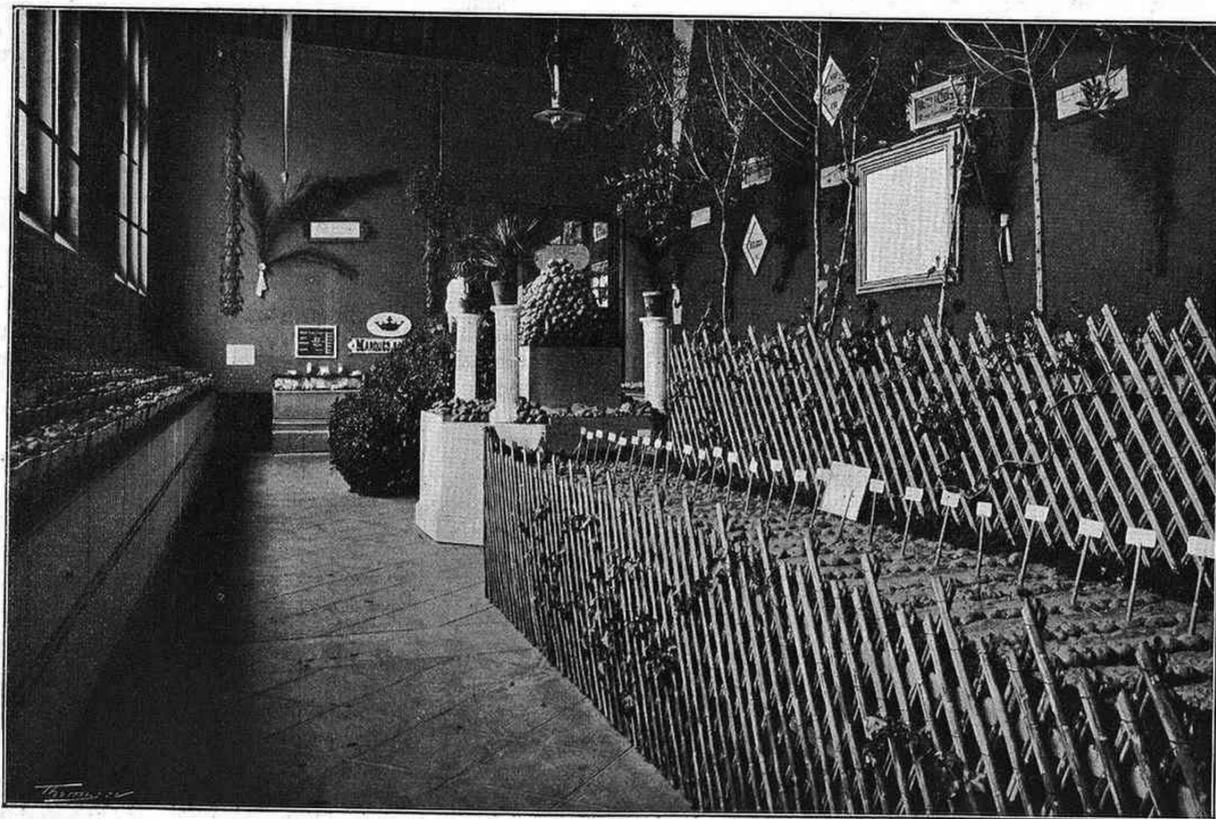
curso, el secretario de la Comisión ejecutiva Sr. Tobella leyó una notable memoria relatando los trabajos por dicha comisión realizados para organizar la exposición y la importancia de ésta, así como los beneficios que esta clase de certámenes pueden reportar a los países amantes del trabajo y del progreso, y señalando la conveniencia de estas nobles luchas que juntan bajo una misma techumbre a los pueblos que se combatieron con las armas en la mano en los campos de batalla; la aspiración a una vida propia que este certamen deja vislumbrar en Cataluña; el respeto que demuestra a los hombres valiosos de todos los países, dentro del legítimo deseo de emanciparse de extranjera tutela fabricando aquí lo que en parte todavía se importa de otras naciones, y la necesidad

de que sean cada día más frecuentes los concursos como el que se estaba celebrando.

Como explicación sintética de lo que es la exposición y como demostración de la importancia de la misma, terminaremos copiando un párrafo de un notable artículo que en un periódico de esta localidad ha publicado D. José Zulueta, tan profundo conocedor de las cuestiones agronómicas.

«Allí se puede seguir con fruto el proceso de las aplicaciones múltiples de las patatas, desde su introducción en Europa por el olvidado español Zárate, hasta las últimas transformaciones que sufre el tubérculo; sus diferentes variedades, desde las más selectas para regalo del paladar, hasta las más prolíferas para alimentación de los

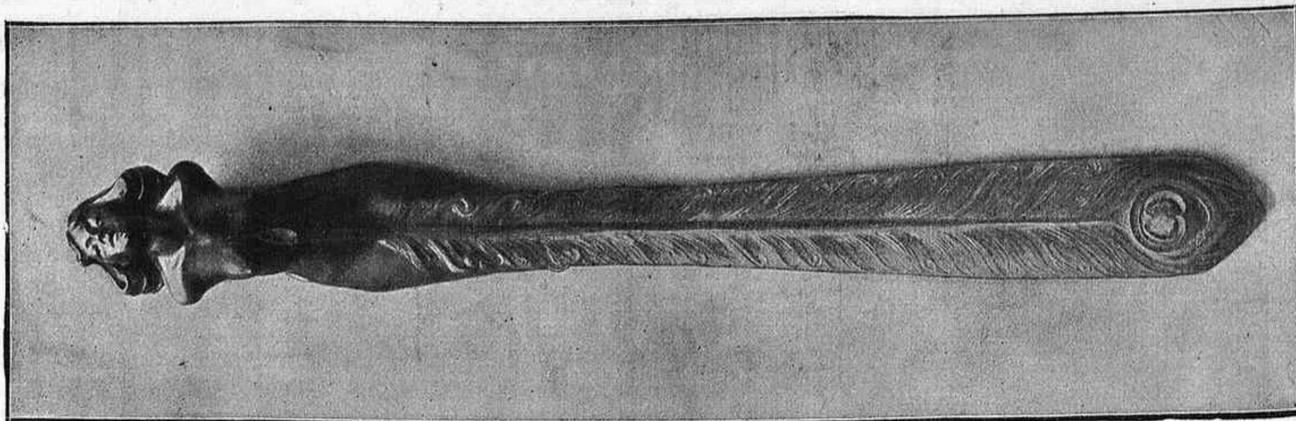
animales ó primera materia de la industria: los abonos apropiados, los instrumentos aratorios, desde los que sirven para la preparación de las tierras, hasta los especiales con el objeto de cortar el tubérculo para la siembra, calzar la planta, binar, arrancar el producto: allí están bien representadas todas las industrias derivadas, desde las que transforman las patatas en glucosa, dextrina, fécula y alcohol, hasta las auxiliares, los arietes para elevación de aguas, las cocinas y sus baterías para la cocción, y el acetileno para el alumbrado de las granjas.» - X.



BARCELONA.—EXPOSICIÓN MONOGRÁFICA DEL TUBÉRCULO LA PATATA QUE ACTUALMENTE SE CELEBRA EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES.—INSTALACIÓN DE LAS PRINCIPALES VARIEDADES DE LA PATATA (de fotografía expresamente hecha para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)

CORTAPAPEL, obra de A. Reimann

En el número anterior nos ocupamos de este artista berlinés y publicamos algunos de sus más notables bronce artísticos. A lo que allí dijimos hemos de referirnos ahora al hablar del cortapapel que reproducimos adjunto, verdadera obra de arte, tanto más digna de alabanza cuanto que la clase de objeto no se presta á labores complicadas. Pero esta es precisamente una de las cualidades que en Reimann señalábamos, la habilidad con que se amolda á la índole del trabajo que ha de ejecutar, obteniendo con los recursos, á primera vista más limitados, efectos bellísimos que revelan su temperamento artístico. La figura del cortapapel que nos ocupa, sobriamente modelada y con cierta expresión de misterio que cuadra perfectamente al destino del utensilio, se combina de una manera admirable con la pluma que á modo de prolongación suya forma la hoja del mismo.



CORTAPAPEL, obra de A. Reimann, de Berlín. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, Darmstadt.)

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansian tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
 MEDICAMENTO - ALIMENTO
 El más poderoso **REGENERADOR**
Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
 102, Rue Richelieu, PARIS
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

PILDORAS DEFRESNE
 A LA PANCREATINA
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los fuculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.
POLVO - ELIXIR
 En todas las buenas Farmacias de España.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co. 21 St-Denis, 16

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote-ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Camino de Pompeya, cuadro de Baldomero Galofre. (Salón Parés)

Reproducción autorizada

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{II} BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICIÓN
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{IA} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165 -
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ENFERMEDADES ESTÓMAGO PATERSON
 PASTILLAS y POLVOS
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
 CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**
 Empleado con el mejor exito

G GÉLIS & CONTÉ **Grageas al Lactato de Hierro de**
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA BONJEAN y Grageas de **HEMOSTÁTICO** el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y **detienen las perdidas.**
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 AÑOS de exito.

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENÉFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Parfumerias, Barberias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN